

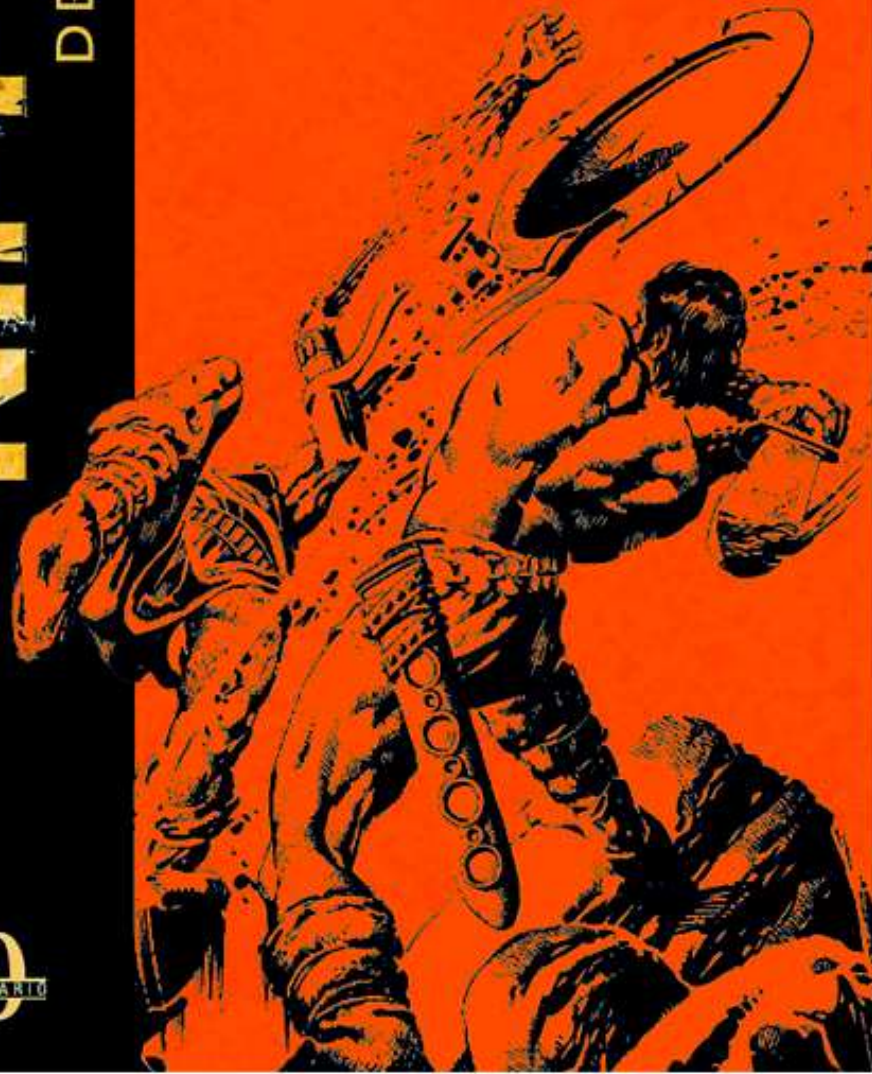
NIPPUR

DE LAGASH

LA COLUMNA DE LOS BUITRES

ROBIN WOOD
RICARDO FERRARI
JORGE ZAFFINO
CARLOS LEOPARDI

50
ANIVERSARIO



Vol 25

LA COLUMNA DE LOS BUITRES

MURADÍN

LLEGAR A AKAD

LOS BUITRES DE LA MUERTE

LA GLORIA DE ARTAMAS

KRAM Y NIBORAM

NIPPUR DE LAGASH

LA COLUMNA DE LOS BUITRES

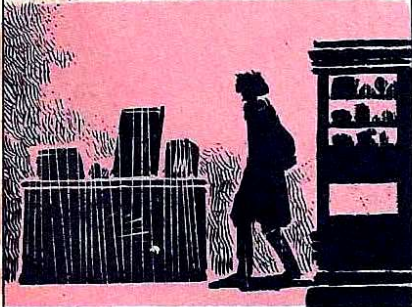
Por ROBIN WOOD-
RICARDO FERRARI



Mis pasos resuenan nítidos sobre las baldosas frías y brillantes. Los pasillos apenas me devuelven ecos lejanos casi diluidos, mientras camino por entre vitrinas ordenadamente atestadas de armas, cacharros y fantasmas.



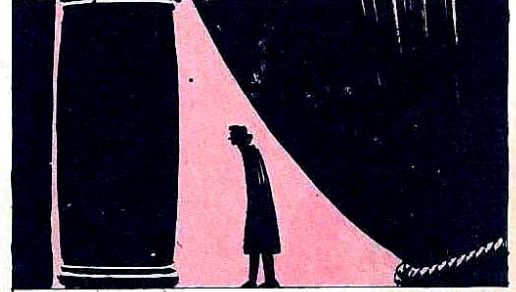
Este es mi mundo. Esta es mi vida. A esto he dedicado todos mis días y las horas que paso en este museo las guardo dentro mío, no como reliquias sino como parte de mí mismo.



A veces me dejo arrastrar por el sueño de ser eterno, de saltar fuera de los siglos sólo para observarlos, para estudiar sus marcas de fuego, sus hitos, su grandeza y su locura.



Hoy trajeron esta columna. La trajeron en una caja de madera, en medio de aserrín, con la precaución escrupulosa de quienes tienen en sus manos el mensaje de hombres del ayer, o por lo menos con la conciencia de buenos empleados.



(¿Y cuál será la verdadera historia que esto encierra?)



Desde lejos parecía un mar de fuego en movimiento con los cascos y las lanzas brillando al sol del atardecer. Algunas columnas de humo subían aquí y allá en medio del campamento y los buitres seguían el rastro de las hormigas carniceras.



¿De manera que Akenamon rompió su promesa?

¿Qué creías, Nippur? ¿Que el faraón alguna vez intentó mantenerla? Tú y Sargón y los guerreros de vuestra especie sois como niños.



Pobres niños inocentes. Pobre Sumeria que deberá pagar por vuestra credulidad.

¿Y Sargón?



Salió de escape a ver a Ur-EI, de Merem y a Aneleh, de Arar. Espera aliarse con ellos y regresar con suficientes soldados como para rechazar a los egipcios más allá del Nilo.



Ví el campamento lejos, del otro lado del llano, con sus tiendas y su hoguera. Egipto estaba allí, con sus carros y sus filos, con sus puntas y su ambición sin límites.

Si le dan tiempo... En tres soles esa horda estará en Akad, Mehet-Bar los comanda y él es un general como pocos.





¿Qué podemos hacer, Nippur? Tenemos que detenerlos.

Lo sé... pero, ¿cómo? ¿Con quién?

Volvimos a Akad y asistimos muchos al caos y al terror que reinaba en la ciudad. Incluso, la guardia de palacio había huído dejando un reguero de escudos y lanzas abandonadas.

Todos escapan. Saben que la masacre se aproxima.

Sí... pero hay tantos que no lo lograrán... Tantos...



Si pudiera hallar hombres... Soldados con los cuales detener a los egipcios... Algunos soldados...

Nippur, no los hay. Nadie acepta una muerte cierta.



Soldados. Apenas un puñado para dar tiempo a Sargón.



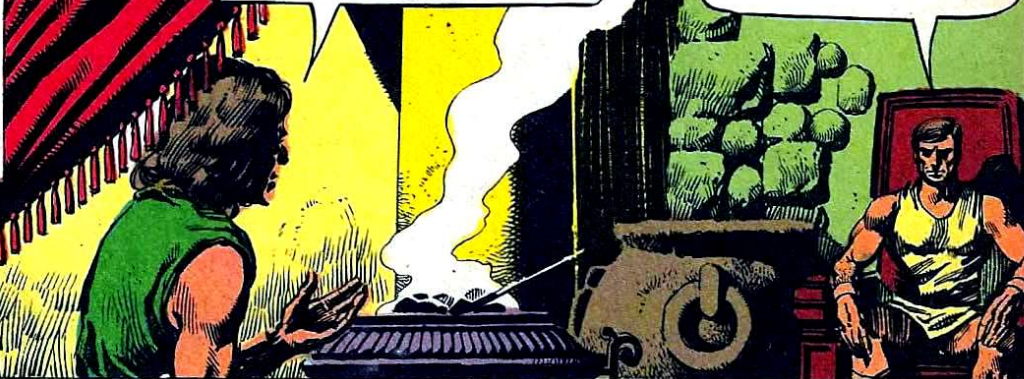
Este... señor... Un hombre quiere hablar.

¿Un hombre? Hazlo pasar.



Es que... es un prisionero, señor... Un condenado a muerte.

¿Un condenado a muerte?



Estaba sucio y desgredado y sin embargo caminaba erguido, con el gesto de los que alguna vez llevaron espada. Su casta guerrera estaba incrustada en él más allá de sus pieles y sus vidas.

Me llamo Clamides y fui jefe de cien de Sargón hasta el día en que otro oficial me insultó. Me cobré el insulto con sangre y fui condenado a pagarlo con la misma moneda.



¿Y ahora qué buscas?

Tú eres quien busca, Nippur. Buscas soldados. Buscas hombres que puedan ayudarte a detener a los egipcios hasta que el rey vuelva.



Y yo puedo proporcionártelos. Un centenar de ellos. Y son hombres que nada tienen que perder.

¿Un centenar?



Más que verlos los presentí. Una humanidad hacinada y oliente a encierro y a desesperación.

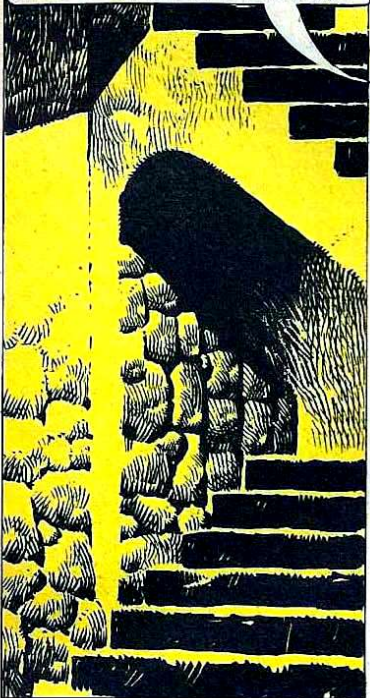
¿Y esto me ofreces?

¿Tienes algo mejor, general? Un mendigo no debe ser exigente. Y eso es lo que tú eres en este momento.



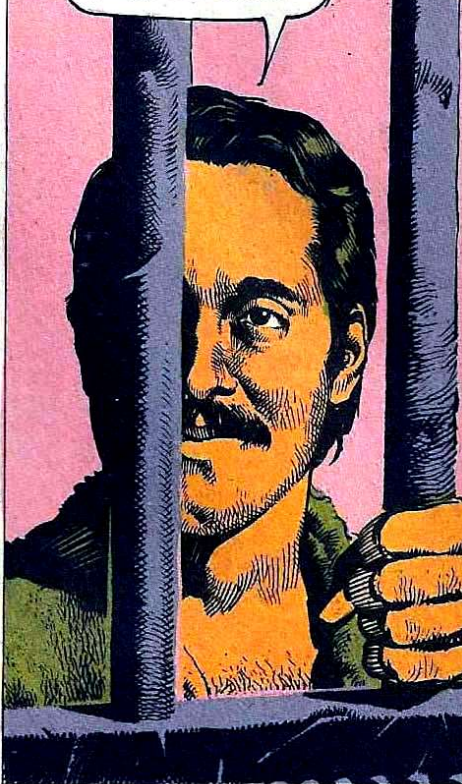
Tenía razón y eso me decidió...

Hombres, tengo pocas palabras y poco tiempo. Todo aquel que quiera luchar por Akad podrá salir de aquí, conmigo. El que no, esperará la muerte egipcia sentado. Ellos no pelearán porque ningún vencedor quiere la carroña de los vencidos.



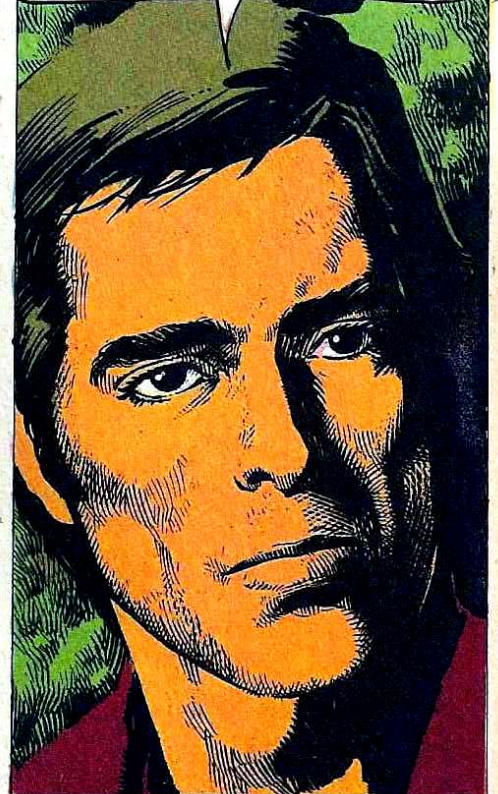
El hombrecito de ojos malignos me miró burlescamente desde su rincón. Alguien lanzó un maullido, otro un insulto y otros rieron...

¿Y qué nos ofreces?



Clamides respondió.

Sol, aire, luz, y tal vez una muerte al sol, Maramides. Más de lo que un cerdo como tú merece.



Se encogió de hombros muy poco impresionado.

No parece un buen negocio pero tampoco hay mucho para elegir.



Yo iré... aunque más no sea para salir de aquí.



Tu mujer estará orgullosa de tí, hombre.



No seas idiota. ¿Por qué crees que estoy aquí? Me harté de soportarla a ella y a su madre y las vendí como esclavas.

Otro coro de carcajadas brotó de la masa oscura.

¡Ja, ja, ja! ¡Claro que sí! ¡Pobre Madheras! ¡Le pagaron para que escribiera un poema insultante sobre la reina y lo hizo! ¡Y mira dónde está!



¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?



Era escriba... y escribí lo que no debía.



Yo era tesorero del rey... Desgraciadamente me equivoqué en mi cálculo... y hallaron una ánfora de oro en mi casa.



Volveré a preguntar una sola vez más. ¿Quién viene?



Salimos de la ciudad de Akad en el tercer día del primer mes de aquel verano de infierno. Los hombres arrastraban sus pies y miraban al sol alelados, como si lo volvieran a descubrir y yo los contemplaba a ellos, devorado por las dudas. Aquellos cien miserables eran la última legión de Sumer.

(Y me pregunto si llegaré a hacer algo por ella.)



Mira. Los egipcios pasaron por este pueblo.



No perdonaron a nadie...

No. Ni a los niños... ni a los animales.



Uno de ellos hurgó el suelo con las manos. Era el escriba que se dejara corromper...



Buena tierra...

Destrozó el terrón pardo de sangre seca con sus manos que nunca tuvieron contacto con ella, como descubriéndola. Y de pronto su voz cambió y se volvió seca y restallante.

Pero no cuando se la riega de esta manera.



Una figura menuda saltaba entre los cadáveres, revisándolos y buscando algún botín olvidado. Era Neras el ex-tesorero.

Eh, tú, perro. ¡Deja a los muertos en paz!



El tesorero se rió en su cara.

No seas pomposo. La paz que ellos han ganado ya nunca podrá ser perturbada. Disfruta de tu guerra y déjame a mí en lo mío.



Los perros asesinos... los perros asesinos...



¿Quién es ese, Clamides?

Saferaniš, el pintor de la corte. Tenía la mala costumbre de retratar a las esposas de los señores cuando éstos estaban de viaje y tú sabes, Nippur, lo insalubre que eso puede ser.



A todo esto. ¿Cuál es tu plan para detener a los egipcios, general?

No lo sé aún, Clamides. Necesito un lugar que sea incómodo para un gran ejército y que sea paso obligado para los egipcios.

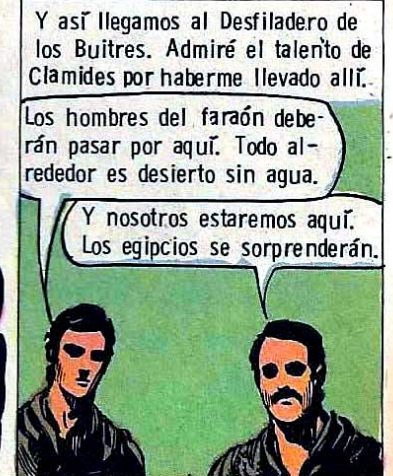
General, creo que sé lo que necesitas.



Y así llegamos al Desfiladero de los Buitres. Admiré el talento de Clamides por haberme llevado allí.

Los hombres del faraón deberán pasar por aquí. Todo alrededor es desierto sin agua.

Y nosotros estaremos aquí. Los egipcios se sorprenderán.

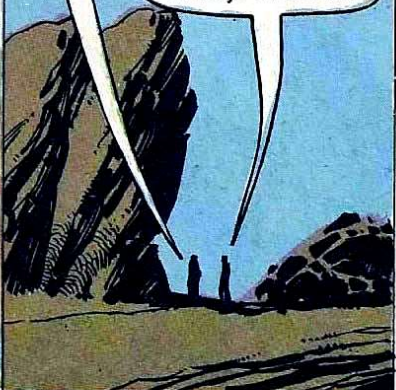


¿Sorprenderse? Oh, no. Necesito convencerlos de la importancia de nuestras fuerzas. Para ello sólo hay una manera.



¿Y es?

Envía un mensaje a Mehet-Bar... Un mensaje insolente.



Nippur, señor de guerra de Lagash, te envía esto.



Mehet y yo no éramos desconocidos. Una vez peleamos hombro con hombro contra los hititas y él me conocía.

El sumerio errante, ¿eh? Veamos qué dice,



No le llevó tanto como yo pensaba y dos soles más tarde, un mar de lanzas avanzó hacia el desfiladero haciendo arder el sol en el bronce de sus puntas.

El sumerio me espera. Muy bien. No demoremos el encuentro.



Ah. Me amenaza, ¿eh? Muy bien mensajero, podría mandar tu cabeza como respuesta pero no quiero adelantar tu hora. Serás muerto mañana con los otros.



La tierra retembó y un gran grito se levantó de aquella marea infinita.

¡Ya llegan!



Cuando el mensajero se calló, todos se volvieron a mí.

¿Y qué hemos ganado con esta bravata, general?

Tiempo. Mehet-Bar es un hombre concienzudo. Reunirá tantas fuerzas como pueda antes de atacar.



Tal como lo esperaba, el egipcio envió su caballería por delante. No advirtieron el suelo sembrado con paja.



Y de pronto tropezaron con la primera línea de zancas cavadas.



Y entonces lanzamos nuestras flechas.



¡Agh!

¡Las antorchas! ¡Arrojen las antorchas!



Y el pasto reseco estalló en una sola, colosal llamarada y hubo alaridos de horror y de victoria, unos en un lado, los últimos en el nuestro.



Más allá del humo negro y de la masacre, Mehet-Bar asintió gravemente con los brazos cruzados sobre el pecho.

Muy astuto, hombre de Lagash. Magnífico. Yo no lo podría haber hecho mejor.



Retrocedieron y quedamos solos con nuestra victoria. Tras la euforia llegó el silencio y la visión de la carne muerta. Hoy era la de ellos. Mañana tal vez la nuestra.

(Muchos desertarán hoy... y yo no podré impedirlo.)



¿Qué esperamos, Maramanides? ¡Aprovechemos ahora para huir!

Claro... Es el mejor momento... y sin embargo...



¿Sin embargo, qué?

Mira allá detrás... Es Sumeria... Es mi tierra... Recién ahora la siento así. De pronto recuerdo muchas pequeñas cosas. Me reconfortan y es la primera vez que me siento tan bien. No. No creo que me iré contigo.



¡Estás loco! ¿Y tú, Neras?

Pues... Hay mucho oro entre los egipcios... Esperaré un poco aún.



¿Y tú, Saferanis? Si te matan no habrá más hermosas mujeres...

Tienes razón en eso...



¿Vienes entonces?

No... y no me preguntes por qué. No sabría contestarte. Simplemente no puedo.



¡Locos! ¡Estáis todos locos!

Nadie te detiene, Madheras. Vete tú solo.



Vaciló un momento, miserable en su soledad, confuso, desorientado y por fin se sentó con una maldición.

¡Al demonio! Esperaré un poco... quiero ver cómo os arrepentís de vuestra estupidez.



Esa noche dormimos sobre los escudos, agotados. Dormimos sin sueño y sin sobresaltos, un sueño profundo como la muerte hasta que la voz de Clamides resonó desde lo alto.

¡Vienen otra vez!



Esta vez no había trucos de astucia para oponerles y simplemente embrazamos los escudos y esperamos. Madheras gruñó.

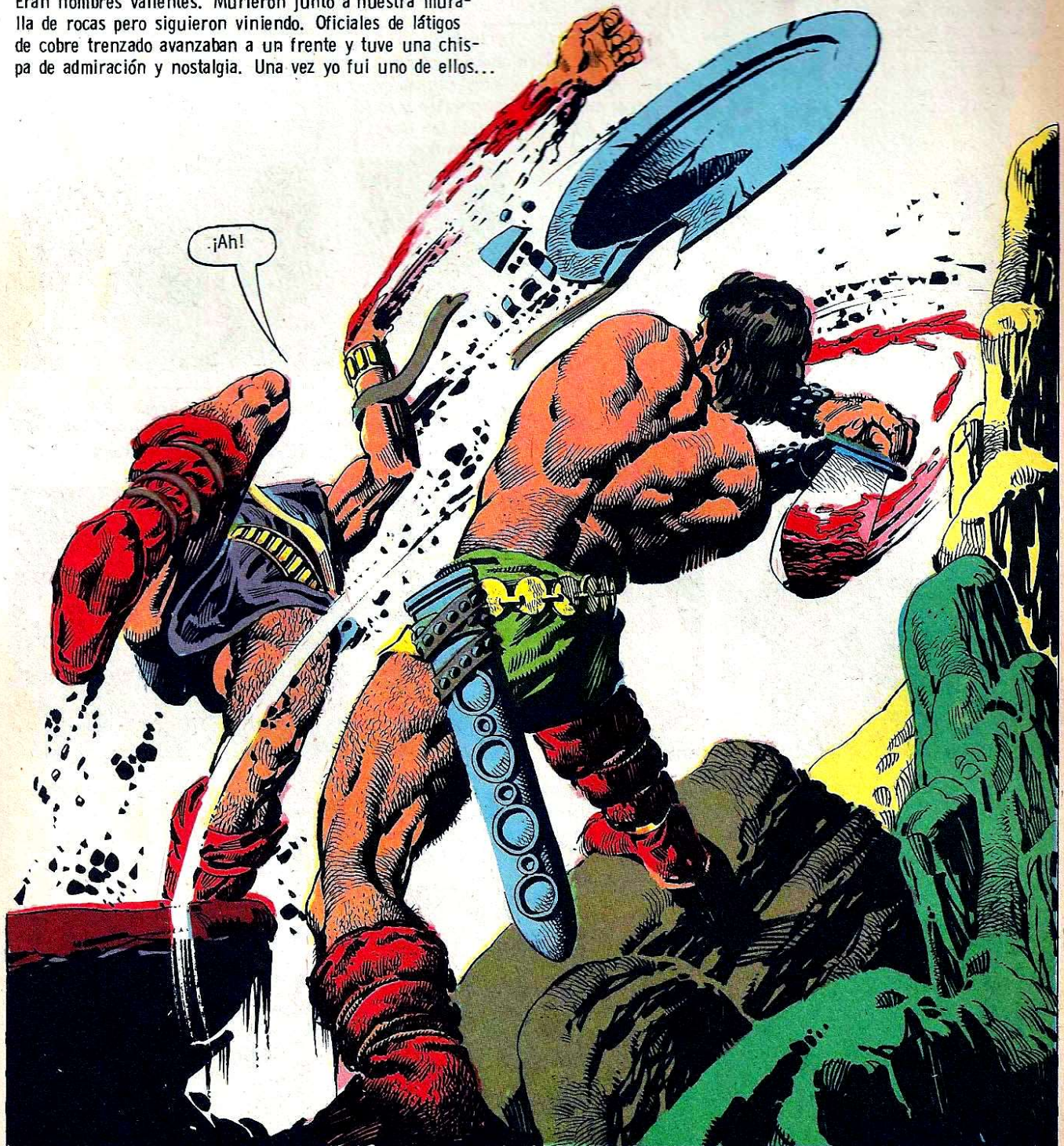
Estamos todos locos...



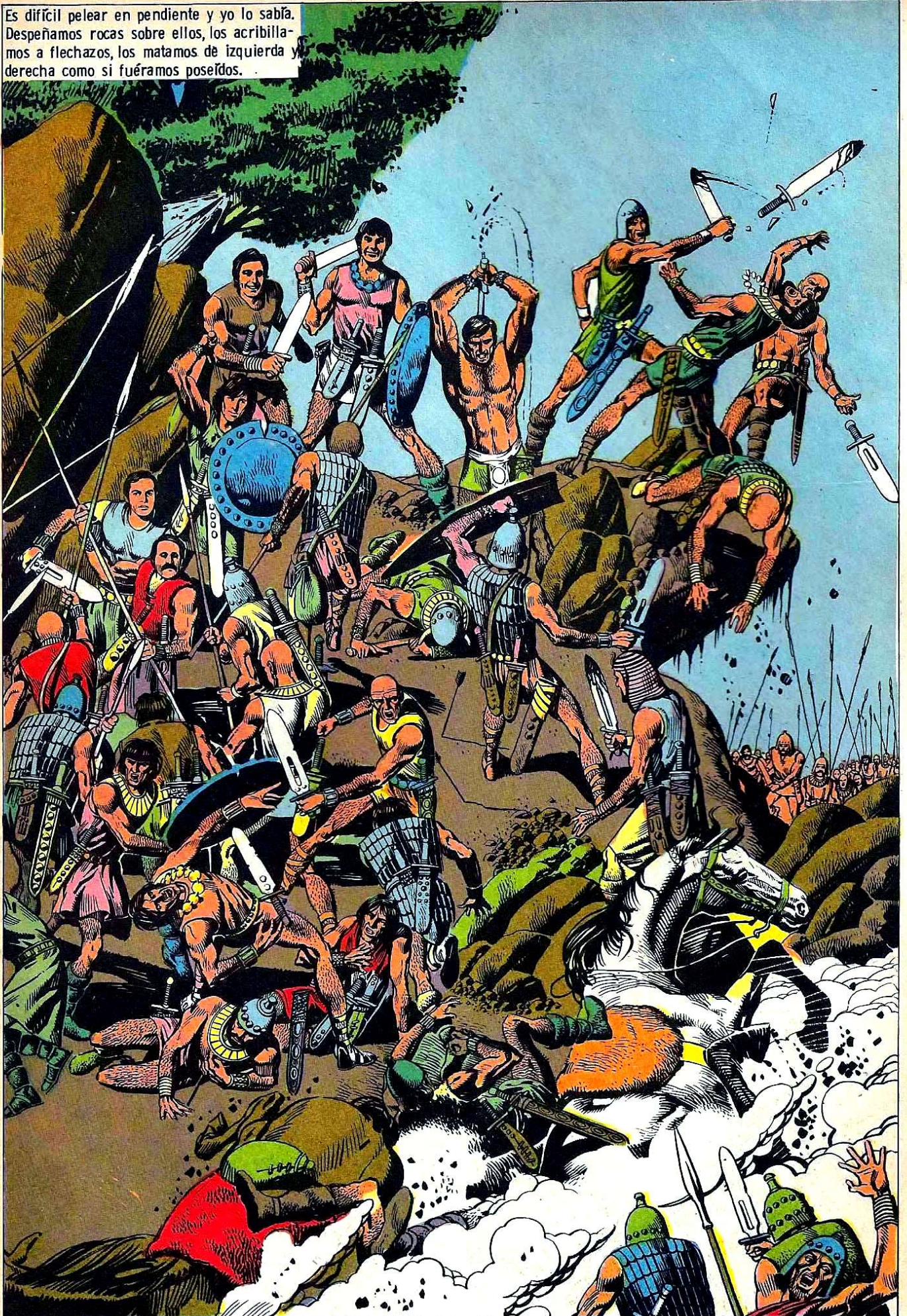
Y llegaron hasta nosotros y fue como si el mundo entero desapareciera en el inmenso estruendo.



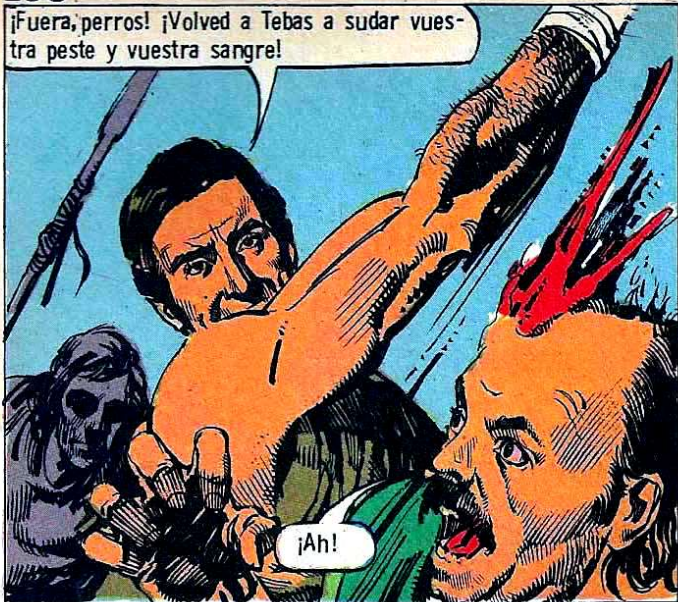
Eran hombres valientes. Murieron junto a nuestra muralla de rocas pero siguieron viniendo. Oficiales de látigos de cobre trenzado avanzaban a un frente y tuve una chispa de admiración y nostalgia. Una vez yo fui uno de ellos...



Es difícil pelear en pendiente y yo lo sabía. Despeñamos rocas sobre ellos, los acribillamos a flechazos, los matamos de izquierda y derecha como si fuéramos poseídos.



¡Fuera, perros! ¡Volved a Tebas a sudar vuestra peste y vuestra sangre!



Vi a Saferanis hincar su lanza en el cuerpo de un oficial de coraza de oro. Ya no era el bienamado de las damas solitarias. Ninguna de ellas lo habría reconocido ahora.



Y Neras había olvidado el oro y la codicia. Ahora sólo soñaba con tesoros de sangre.



Y Madheras, el escriba, más allá de sus dudas, vacilaciones y cobardía hallaba la gloria cómoda del acorralado, del que se libera de la tortura de las decisiones.



Y Maramanides, el que vendiera a su mujer y a su suegra, se vendía ahora a sí mismo por un precio glorioso que sólo él podría pagar.



¡Atrás! ¡Atrás!



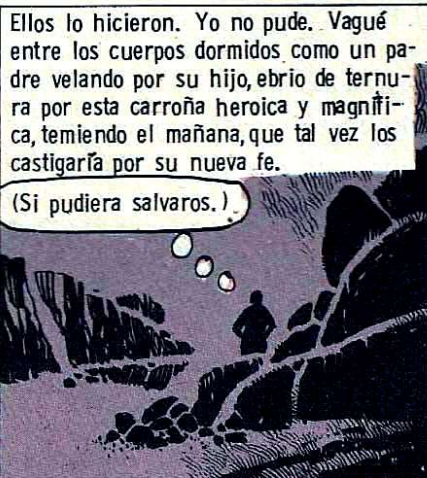
Hoy... hoy no volverán...

No... Y tal vez ni vuelvan mañana.



¿Y cuando lo hagan?

No sudes tu agonía antes de tiempo. Descansa... descansa.



Ellos lo hicieron. Yo no pude. Vagué entre los cuerpos dormidos como un padre velando por su hijo, ebrio de ternura por esta carroña heroica y magnífica, temiendo el mañana, que tal vez los castigaría por su nueva fe.

(Si pudiera salvaros.)



(Si pudiera descubrir el conjuro mágico que os salvara... pero no puedo. ¡No puedo!)



Y no pude. Volvieron dos noches después, más numerosos que las arenas del mar, inagotables, metal, fuego y muerte, y nosotros los esperamos, pobres gloriosos pordioseros, sin esperanzas y sin miedo.

Son tantos...



Subieron hasta nosotros y los hicimos retroceder una y mil veces los matamos sin entusiasmo, con la ciega dedicación de los carniceros y el fanatismo de los enamorados, de los locos enamorados de un sueño tardío y espléndido.



Y vi a Maramanides erizado de lanzas...



Y a Madheras y a Saferanis desaparecer ante la muchedumbre, como restos de un naufragio devorados por el mar...



Y fuimos tres apenas.

¡Esto se acaba!

Que acabe bien, al menos.



Y fuimos dos.

¡Ahhh!

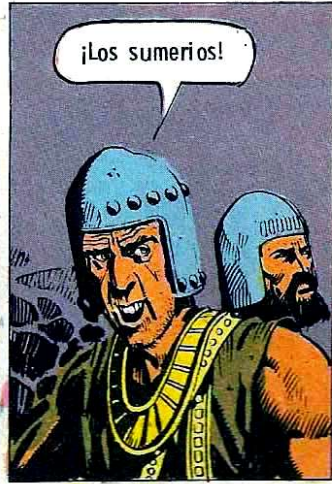


Y fui uno.

Si. Fui uno. Uno solo sobre el campo de batalla alfombrado de muertos y me medí solo a Egipto, a su general, a sus faraones y en ese momento no lo hice por mi tierra sino en nombre de ese puñado de rufianes, de mis heroicos rufianes, de mis gloriosos rufianes.



Pero vacilaron. Algo ocurrió.



Sargón estaba allí con sus legiones de Merem, de Arar, de Akad y hasta reconoció los estandartes de Ur. Avanzaban como una maquinaria inmensa, inhumana, invencible.



Pero no me interesa. Ni presto atención a la desbandada de los egipcios ni a su derrota. ¿Qué me interesa eso a mí? Ya no es mi batalla.



Un buitre desciende sobre el despojo del infierno. Un buitre se posa en el campo de batalla.



¡Fuera, fuera!



¡Mis guerreros no dormirán en vuestro vientre! ¡Fuera!



¡Idos! ¡Fuera!



¡Fuera!



Apago la luz y la columna queda allí encerrando su misterio de sangre y de victoria y de miseria. Escondaré para siempre los misterios y las leyendas que nosotros los pequeños hombres pedantes, intentaremos descubrir.



Y tal vez en noches de silencio como ésta, yo me despojaré de mi vanidad, cerraré los ojos y atravesaré las dimensiones de tiempo y espacio y descubriré la única verdad total e incorruptible: el hombre.

"Yo, Sargón Patesi de Akad, he erigido esta columna en memoria de cien guerreros que dieron vida a Sumer a un precio de muerte . Así sea escrito, así sea hecho."



FIN

NIPPUR DE LAGASH

M
U
R
A
D
N

(E-166)

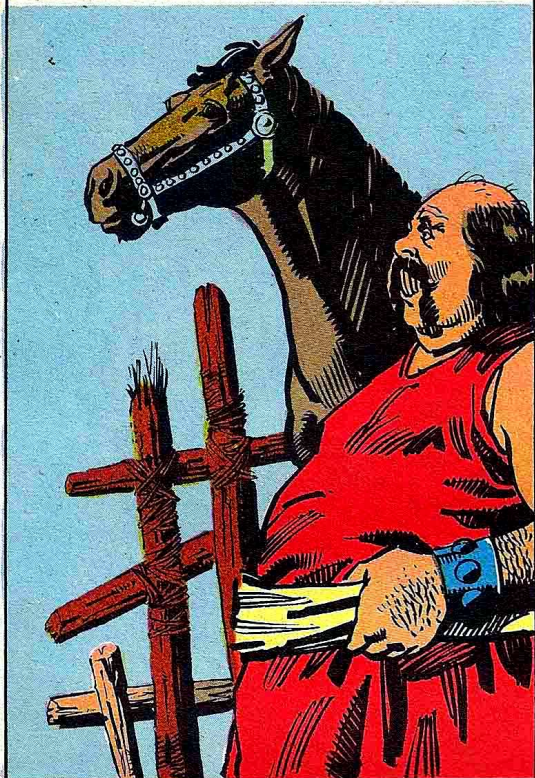
Por ROBIN WOOD



Dibujos de ZAFFINO

2-808

Muradín carecía de la mayor parte de los atributos que facilitan la vida de un hombre ya fueran físicos o de personalidad. Era tripudo, casi calvo y con piernas torcidas y peludas como las de una araña. Tenía una impresionante cara de tonto que era su mayor herramienta de trabajo.



Muradín carecía también de virtudes prácticas como la laboriosidad (por ser cansadora), la honradez (por ser poco remunerativa) y el valor (por ser poco raro) pero en cambio poseía el talento único de la oportunidad.



¿Hermoso caballo, verdad?

Muy hermoso, así es.



Supongo que debe ser muy caro.

¡Uf! ¡Carísimo!



Y si yo te ofreciera... digamos... ¿treinta piezas de oro?

¡Yo las aceptaría, claro!



Aceptó las monedas con la mayor circunspección y las contó una por una.

¿Contento?

Por supuesto. Los dioses te bendigan, estimadísimo señor.



En fin, lo mejor que se puede hacer con monedas es reproducirlas, por lo tanto...



(Tal vez en aquel reñidero de perros...)



Entró con el paso seguro de quien se halla respaldado por una gran fortuna y precedido por una gran barriga.

Buenos días. ¿Qué perros pelean ahora?



El dueño del reñidero lo miró de pies a cabeza pero al ver las monedas de oro, sacudiéndose ante su nariz, se deshizo en reverencias.

Aquéllos, oh, poderoso señor. El marrón y el manchado.

Apártate, caricatura de hombre, y hazme llegar carne y vino.



Se acerca con aire entendido a uno de los perros y...

¿A ver esos dientes?



Si pones la mano en la boca de un perro de pelea, sabes lo que te ocurrirá, eso es sabido.

¡Ay!



¡Apuesto treinta piezas de oro contra ese asqueroso animal!

¡Acepto!



¡Ay! ¡Mi mano! ¡La ira de los dioses caerá sobre él! ¿Y mi carne? ¿Y mi vino?

Aquí lo tienes, señor.



Las apuestas cruzaban el aire como flechas y los perros gruñían furiosos observándose. Muradín devoró y bebió con satisfacción, eructando de tanto en tanto.

(Y ahora, esperemos que...)

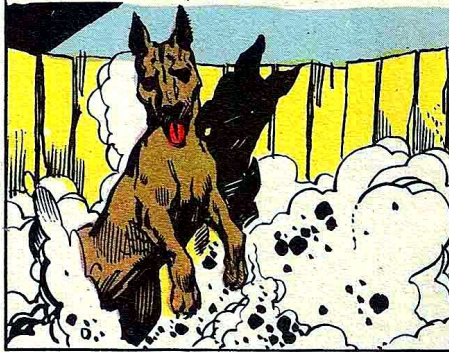


Un grito interrumpió su pensamiento...

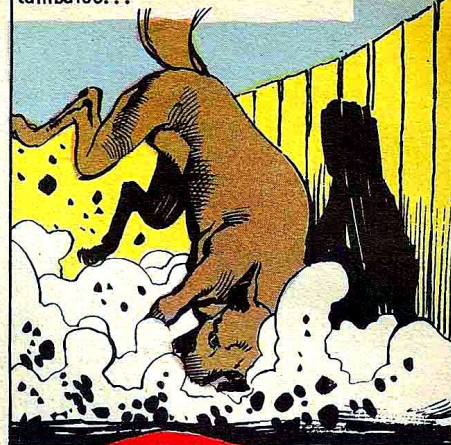
¡Suelten los perros!



Los dos animales embistieron furiosamente y de pronto aquello no fue más que un confuso remolino de pelos y fauces espumantes y flores de sangre abriéndose en polvo...



De pronto, el perro marrón se tambaleó...



...y rodó por tierra muerto. Sus ojos se volvieron vidriosos y la lengua colgó flácida entre sus colmillos.

No puede ser...

Ya lo decía yo. La ira de los dioses lo ha castigado por mordirme.



Yo estaba allí y aquel maldito perro acababa de barrer con mi última pieza de plata. Me acerqué por pura curiosidad y...

(A ver...)



Vi una hedionda baba verde chorrear entre sus colmillos...

(Qué extraño, parece veneno...)



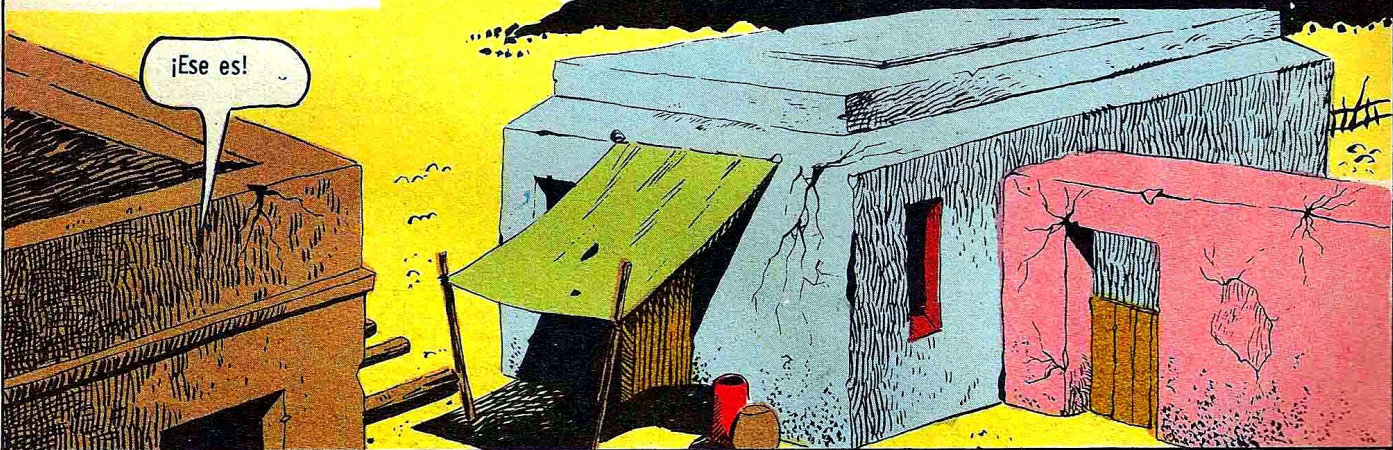
El gordinflón había guardado las piezas ganadas en su bolso y ahora trota alegremente hacia la puerta de la taberna.

¡Grandísimo tramposo! La mordida de mano no era más que un buen sistema para envenenar al perro. ¡Ahora verá!



Pero alguien me ganó de mano...

¡Ese es!



El hombretón a su lado siguió la dirección indicada y avanzó como un oso. Trafa el puñal en una mano y los ojos le brillaban de furor...

Tú... ¡gordo ladrón!



Muradín buscó alguna salida a su alrededor pero no halló ninguna así que puso cara de tonto y...

¿Yo, señor?

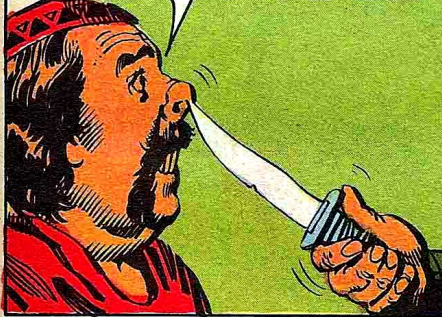


¡Tú, maldito seas! Le has vendido a este idiota un caballo que no te pertenece. ¡Mi caballo! ¿Y sabes qué te voy a hacer por eso?

¡Un momento! ¿A quién llamas idiota?



Gran guerrero, este hombre generoso no me compró nada. Simplemente charlamos y me regaló veinte monedas de plata, ejemplo de bondad que todos deberían imitar.



¡Ah! ¿Embustero además? Veremos si continúas tus bromas...

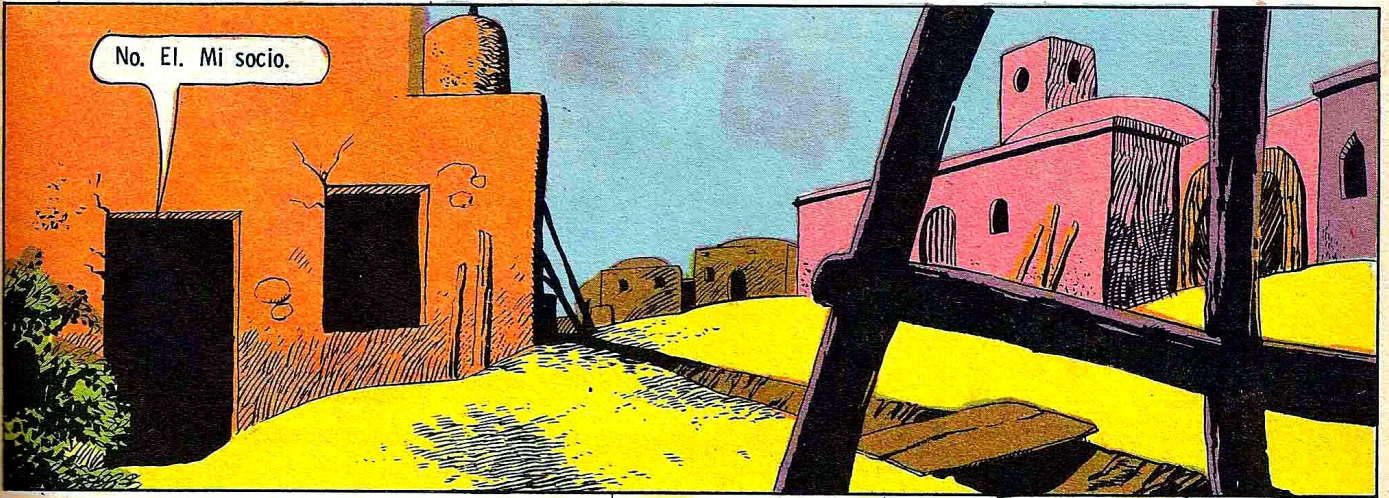


Ten cuidado con lo que haces y dices, guerrero. No estoy dispuesto a que hables así, y si es necesario, habrá lucha.



¿Tú? ¿Conmigo?

No. El. Mi socio.



Y he aquí que quien estaba detrás de aquel increíble charlatán era...

¡Ah! ¿Así que trabajáis en pareja, eh, ladrones? ¡Pues bien, comenzaré por él y terminaré contigo!

Pero...

Soy un hombre práctico, y por ello busqué una solución razonable. Pero nadie quería razonar allí, así que...

¡Augh!

En ese momento escuché el grito.

¡Ladrones! ¡Este perro está envenenado! ¡Deténgalos!

Un forastero al que nadie conoce encuentra ciertos problemas para explicar su inocencia a una horda furiosa que acaba de ser trapeada. Por ello no lo intenté siquiera sino que...

Una piedra silbó junto a mí. Y otra. Y otra más, de pronto descubrí que alguien corría junto a mí.

¿Tú? ¡Miserable!

¡Cállate, idiota, y corre antes de que nos echen mano!

Dejaron de perseguirnos cuando ya estábamos lejos del pueblo. Una última andanada de piedras nos despidió...

Y no vuelvan más... ¡Ladrones!



Muradín se sentó en el polvo, resoplando, y yo lo imité. Estaba demasiado cansado hasta para enfurcerme.

En fin, creo que lo justo es que por lo menos parta mi pro contigo.

Oh, no. Lo correcto sería que yo te partiera el cráneo a ti.

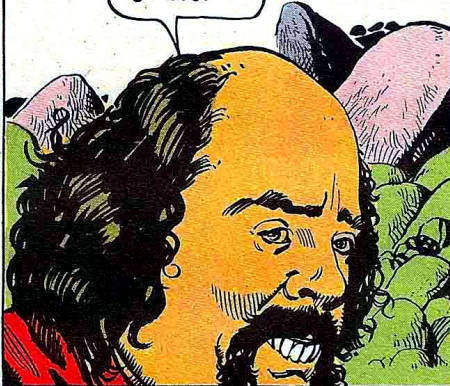


Bah. ¿Y qué ganarías con eso? Tienes aspecto inteligente, guerrero. Honestamente, ¿qué tiene de malo que yo trampee un poco? Generalmente estafo a los que se quieren aprovechar de mí, comprando un caballo por menos de lo que vale, organizando peleas de animales con uno de los perros con los colmillos cortados...



En ese momento apareció la comitiva. Se interrumpió.

¿Y eso?



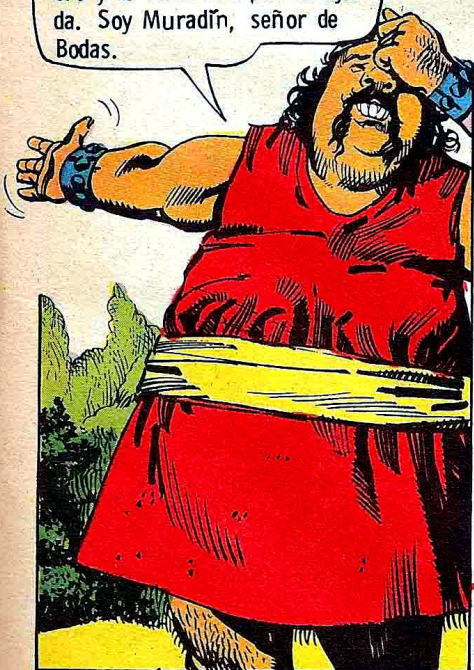
El joven venía bien montado y se notaba su alcurnia. Se detuvo junto a nosotros y...

¿Puedo ayudarlos en algo?



Para mi sorpresa los modales de Muradín cambiaron notoriamente. Se volvió digno y solemne, con el acento gangoso de las gentes ricas del sur.

Oh, noble señor. Unos forajidos nos atacaron y sólo nos salvamos el jefe de mi guardia y yo. ¿Tendrás la bondad de dejar que te acompañemos? Conseguí salvar algo de mi oro y te resarciré por tu ayuda. Soy Muradín, señor de Bodas.



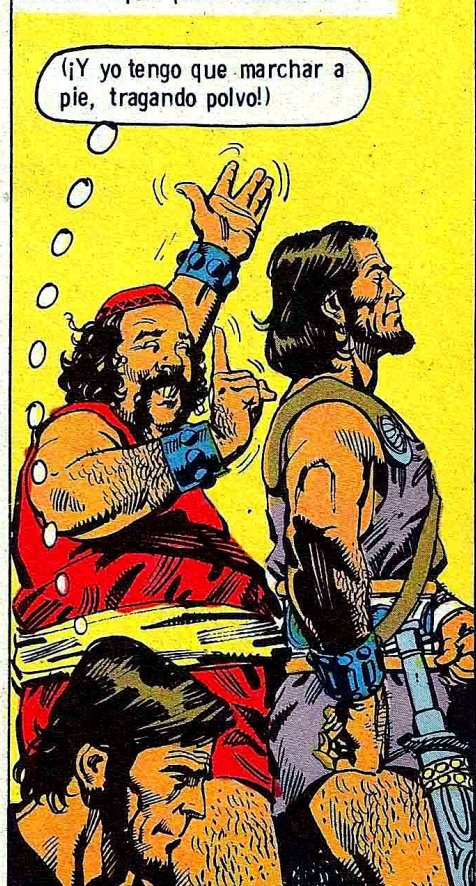
El hombre lo saludó con cortesía. Era aún joven y se sentía impresionado.

Será un honor para nosotros, señor. Soy Moar, de la ciudad de la costa y vuelvo a ella. Mi ciudad se honrará en recibirte.



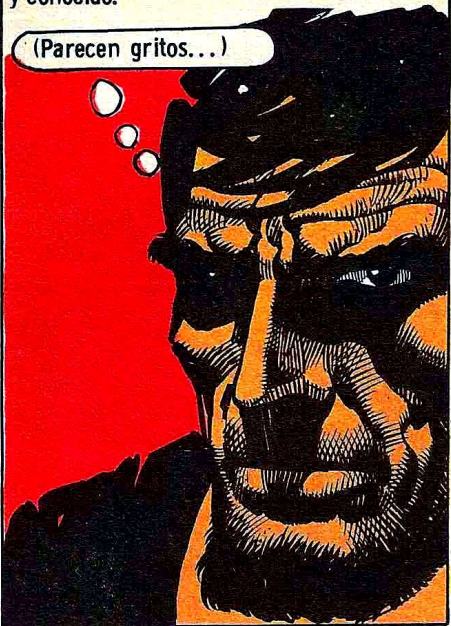
Y así, boquiabierto, lo vi a caballo, con expresión distinguida, hablando de política, filosofía y reinos con aquel pobre inocente.

(¡Y yo tengo que marchar a pie, tragando polvo!)



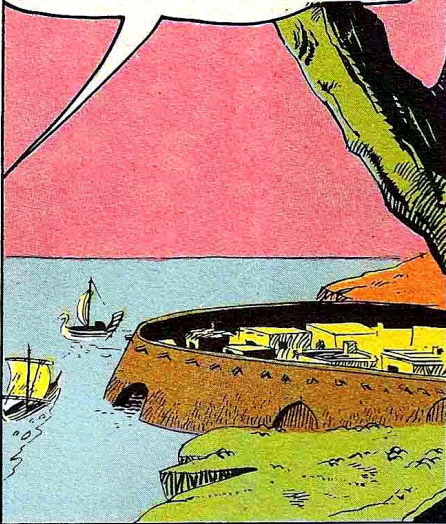
En ese momento of un rumor vago y conocido.

(Parecen gritos...)



Y allí, lamidas por el mar, aparecieron las murallas de una ciudad y a sus pies parecía agitarse un confuso hormiguero.

Pero... ¡Los piratas atacan la ciudad!



¡Rápido! ¡fendremos que cargar para poder entrar! ¡lanzas listas!

Pero... Un momento... Yo...



Me agarré a la cola de un caballo en el momento en que éstos se lanzaron al galope hacia la ciudad.

(Y esperemos que todo salga bien...)



El joven oficial desenvainó su espada. Oí el alarido de los piratas que nos habían visto y corrían para cerrarnos el paso.

¡Adelante!

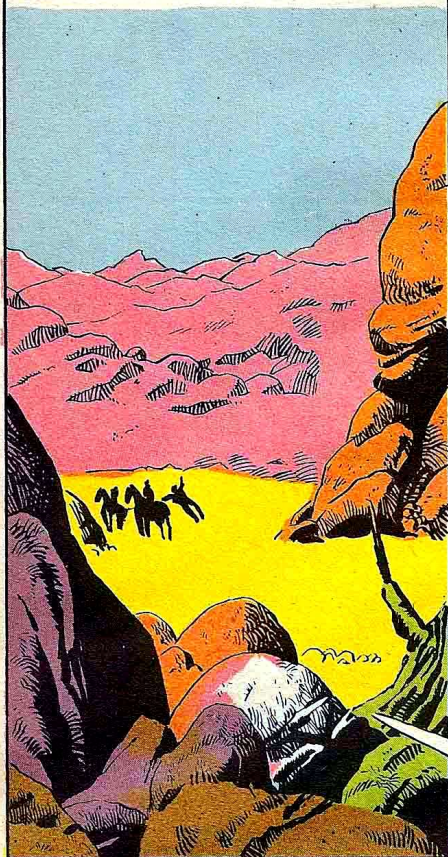


Muradín, pálido como un muerto, abrazado al cuello de su caballo, chillando. Lo pude ver en un relámpago.

¡Esperad! ¡Tengo una idea mejor...!



Pero ya la cabalgata avanzaba como un trueno hacia la ciudad, El caballo me arrastró y volé sobre mis pies, tirando de mi espada al mismo tiempo.



El pirata bramaba su victoria cuando yo estuve a su lado. Nunca terminó su grito.

¡Ahhh!



Y de pronto, el infierno estaba a nuestro alrededor. Alaridos y el relampagueo de las espadas por encima de los torbellinos de polvo.

¡Deténganlos!



Ví al joven oficial alzar repentinamente los brazos al cielo y una punta de bronce brotó en su espalda...

¡Ahhh!



¡Eso es, carroña! ¡Detenme!

¡Ahhh!



El pelotón nunca llegaría a la ciudad. Lo comprendí enseguida y me lancé con toda la velocidad de mis piernas rumbo a la ciudad pero aún tuve tiempo de despedirme de esa mala horda.

¡Ahhh!



Recién entonces advertí que alguien estaba junto a mí, e incluso me sacaba ventaja.



Pero... ¿tú...?

No sé cómo lo hizo. Pero llegó mucho antes que yo a las murallas y se puso a golpear las puertas, chillando a todo pulmón.



¡Abrid, nobles ciudadanos! ¡En nombre de Samás, Enki y Amón! ¡Abrid, malditos séais!

Los piratas llegaban ya hasta nosotros aullando como lobos. Empuñé mi espada.



Creo que tendremos que...

Las puertas se abrieron rechinando, al mismo tiempo que una nube de flechas detenía a la horda...



¡Adentro!

Una muchedumbre ansiosa nos rodeó. Nos dieron agua y nos palmearon.



¿Quiénes sois?

Es... yo soy Muradín, gran sacerdote de Samás.

Se hizo llevar hasta el rey de la ciudad y en el camino repartió bendiciones a cuantos quisieron escucharlo. No supe qué hacer y opté por callarme.

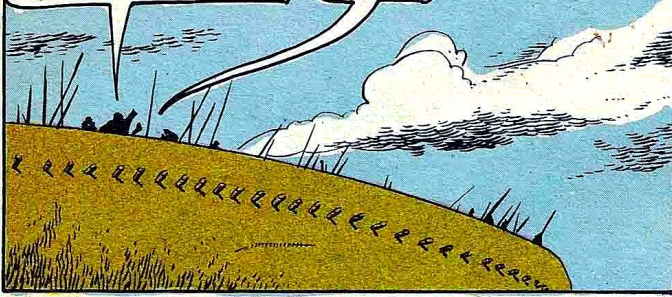


(Pero espero que no se le ocurra hacer una de las suyas. De aquí no podemos huir.)

El rey estaba pálido y más que asustado pero al saber de su presencia suspiró aliviado.

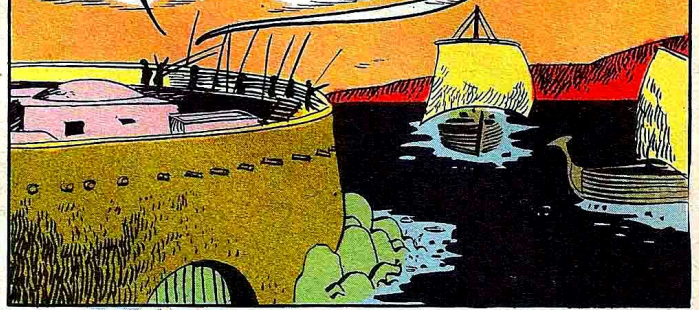
Un sacerdote. ¡Los dioses han oído mi ruego! Esta es la ayuda que necesito.

Lo dudo.



¿Qué dices?

Nada, nada.



Estamos desesperados. Hace tres días que los piratas se han estado reuniendo en torno a nuestra ciudad. Hemos ofrecido una recompensa para quien encuentre la manera de salvar la ciudad pero...

Los ojos de Muradín brillaron interesados.

¿Y qué recompensa es ésa?

Oro. Mucho oro.



Miró por sobre la muralla el cinturón de barcos que se mecía en el mar. Se rascó la cabeza.

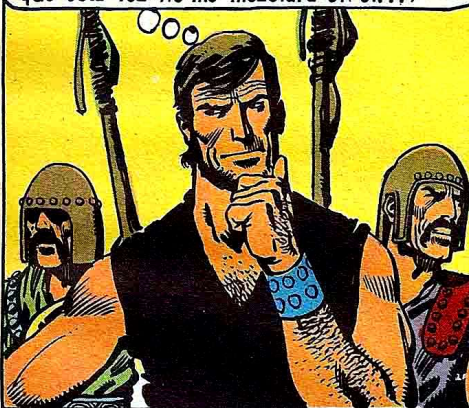
Mucho oro. Ajá.



(Creo que el buen Muradín está cocinando una de las suyas pero Samás sabe que esta vez no me mezclará en él...)

¿Qué haremos ahora, sacerdote?

Rogar a los dioses, claro.



Pero... el dios de nuestra ciudad no nos ha ayudado.

Bueno... hay dioses y dioses.



A la mañana siguiente había desaparecido. El rey lo mandó buscar pero no lo halló: Yo debería haberme sentido tranquilo pero intuía que iba a suceder algo. Y que Muradín tenía mucho que ver con ese algo.

¡Miren!



Los piratas habían alineado sus barcos frente a nosotros y en todos ellos habían colocado catapultas.

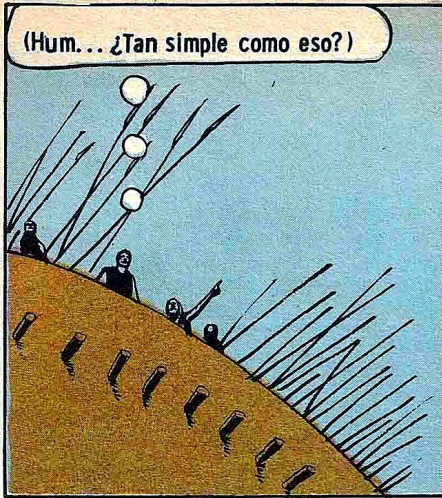
Maldito sea. ¡Miren la nave capitana!



Allí, envuelto en una lujosa túnica de seda y rodeado de jefes piratas, Muradín agitó sus regordetas manos en un saludo.

¡Maldito sacerdote! ¡Nos ha engañado! ¡Se ha vendido al enemigo!





(Hum... ¿Tan simple como eso?)



¿Te parece propicio el momento, sacerdote?

Espera... Estudiaré las cenizas...



Entrecerró los ojos y arrojó un puñado de cenizas al aire. El viento soplaba de frente así que el jefe pirata debió tragárselas casi todas.

Pues... Sí. Las cenizas dicen que sí.



El pirata no creía demasiado en los dioses pero desde que aquel estrambótico sacerdote le anunciara que las divinidades lo habían elegido para dueño del mundo su fe había sufrido un súbito florecimiento.

Ahora, ¡al ataque! ¡Las catapultas!



Pero...



En ese momento, alguien lanzó un grito que se repitió de barco a barco:

¡Fuego! ¡Fuego!



¡Alguien vació barriles de aceite en las bodegas! ¡Sálvese quien pueda!



Desde la ciudad nosotros contemplábamos aquella catástrofe sin dar crédito a nuestros ojos.

¡No puede ser! ¡Esto es un milagro!

Humm... Sí, es algo por el estilo.



Yo que vos, señor, abriría una de las puertas que dan a la costa.

¿Por qué?



Apenas la abrieron alguien entró corriendo con media docena de piratas ululantes detrás.

¡Misericordia! ¡Misericordia!

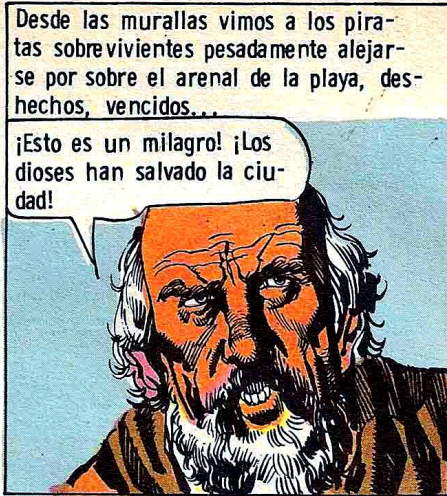


Reconoció al que iba delante de sus perseguidores, chorreando agua y aceite, con los cabellos quemados, ciego, enloquecido...

¡Apártate, Muradin!



¡Eh, carroña de mar!



No he vuelto a oír de Muradín ni lo he visto otra vez pero no dudo que algún día, al entrar en una ciudad oíré su risa y lo veré en un trono. Y debo decir que la idea no me resulta desagradable. No. Al contrario.



NIPPUR DE LAGASH

**LLEGAR
A AKAD**

Era región desierta, asesinada por un sol despiadado, llameante, que parecía atravesar todas las cortezas, buscando el corazón de la tierra para estrujarlo, secarlo y acabar con él y con los tristes hombrecillos que se morían en su superficie. Ni serpientes ni buitres se acercan a esa zona...

Por ROBIN WOOD

Solamente los hombres lo hacen. Menos inteligentes que los buitres pero más tenaces aún que el sol.



Busqué un refugio de sombra, atontado, casi ciego, con el cuerpo reseco como un pellejo de cuero.



El carro fue aproximándose como si fuera una visión, naciendo del danzante horizonte de calor, como si fuera un fruto alucinante de esa reverberación de espanto.



La piel de la muchacha estaba roja y ampollada y sus labios agrietados por la sed pero sonreía extrañamente como si fuera inmune a ello.



El hombre era nervudo y feo, con ojos siniestros agazapados en un rostro cubierto por una telaraña de cicatrices y parecía más destruido por el calor que la muchacha. Su voz era pastosa y agónica...



¿Es muy hermosa esta región?

El guerrero alzó la cabeza dificultosamente y miró el horizonte de piedras incandescentes.

Muy... muy hermosa, señora... Hay pueblos blancos entre el verdor... Hay árboles... y sembrados...



Su voz se convirtió en un gruñido agónico...

Y agua... Lagos... Ríos... Hay agua cristalina... helada... tan clara que puedo ver el lecho de piedras...



Pero...



El carro se detuvo ante mí con un ensordecedor estruendo de madera sobre roca. Era uno de esos pesados carros elamitas, sólidos y poco prácticos.



Viajero... ¿Tienes agua? Podemos pagar por ella...

Podemos...



La muchacha seguía de pie, sonriente, mientras el sol hacía burbujas su piel.

Sí... oigo el balido de los rebaños, y el canto de los labriegos...



No me permití la sorpresa. Arrastré el cuerpo del guerrero a la sombra y luego la llevé a ella. Desuní los caballos y los coloqué entre las rocas, al abrigo del sol y recién entonces...

Masca esto, guerrero. Está mojado...





Agua... Dame agua...

No. Te mataría si bebieras agua... Refréscale de a poco. Con calma. Yo me ocuparé de ella mientras tanto...



La muchacha bebió poco y con calma. Parecía extrañamente ajena a lo que la rodeaba. Saqué grasa de los ejes del carro y curé un poco sus ampollas y recibí una sonrisa y un...

Gracias.

A la noche, el guerrero se había recuperado y comió y bebió y habló...

Soy Menes, fui guerrero pero mi pueblo perdió su guerra contra las gentes de Udur y fui capturado y vendido como esclavo.



Ella era la hija de mi amo. Fue gentil conmigo. ¿Qué sabía ella de los campos de batalla, de la sangre, de los látigos y los yugos? Fue gentil conmigo, pero yo no había nacido para esclavo.



No sé por qué me lo contó. Tal vez todo era una llaga en su pecho y necesitaba sacarlo afuera, liberarlo de él...

Hablé con los otros esclavos... Organizamos la huida y un día pudimos concretarla...



Pero los esclavos no eran guerreros. Saquearon las casas, mataron mujeres y niños, quemaron todo. Fue una locura salvaje. Quise detenerlo pero, ¿cómo desvías el torrente desatado?



Pude llegar hasta ella... pero era tarde. Toda su familia había sido asesinada. Tuve que matar a mis propios compañeros para rescatarla.



La muchacha dormía. Instintivamente, Menes acomodó la manta que la cubría...



Nada quedó de Udur tras la locura y decidí llevarla junto a sus familiares en Akad pero me extravié en el desierto.

¿Ella enloqueció?

No lo sé. Es como si hubiera cerrado su mente a la realidad, como si viviera en un mundo de ensueños que sólo ella puede ver.



Descansa, Menes. A la noche seguiremos la marcha. Sé cómo salir de aquí pero no debemos hacerlo con el sol.



Los dioses te bendigan, viajero.

Fue extraña esa marcha por el desierto de plata, lechoso y secreto bajo la luz de la luna. El aire estaba frío y era una bendición para nuestras pieles resquebrajadas.

Mira los campos de flores, Menes... Tan hermosos... Tan frescos...

Y Menes, de tanto en tanto acariciaba su mano y su rostro tatuado de cicatrices se suavizaba.

¡Sí... Tan hermoso...



¿Les he hablado alguna vez de los Maramantes? Son una extraña raza que vive en el desierto, durmiendo en pozos en la arena y comiendo carroña. Son hombres inmundos y perseguidos, que no temen a los dioses ni a la muerte que es para ellos una liberación de sus miserias...

Tienen un carro y una mujer.

Y caballos. Hace mucho que no comemos carne...



No hizo falta más. Las hienas comprenden sus deseos...

Adelante..



Surgieron al galope, repentinamente, harapientos y sucios como perros famélicos y así de peligrosos.

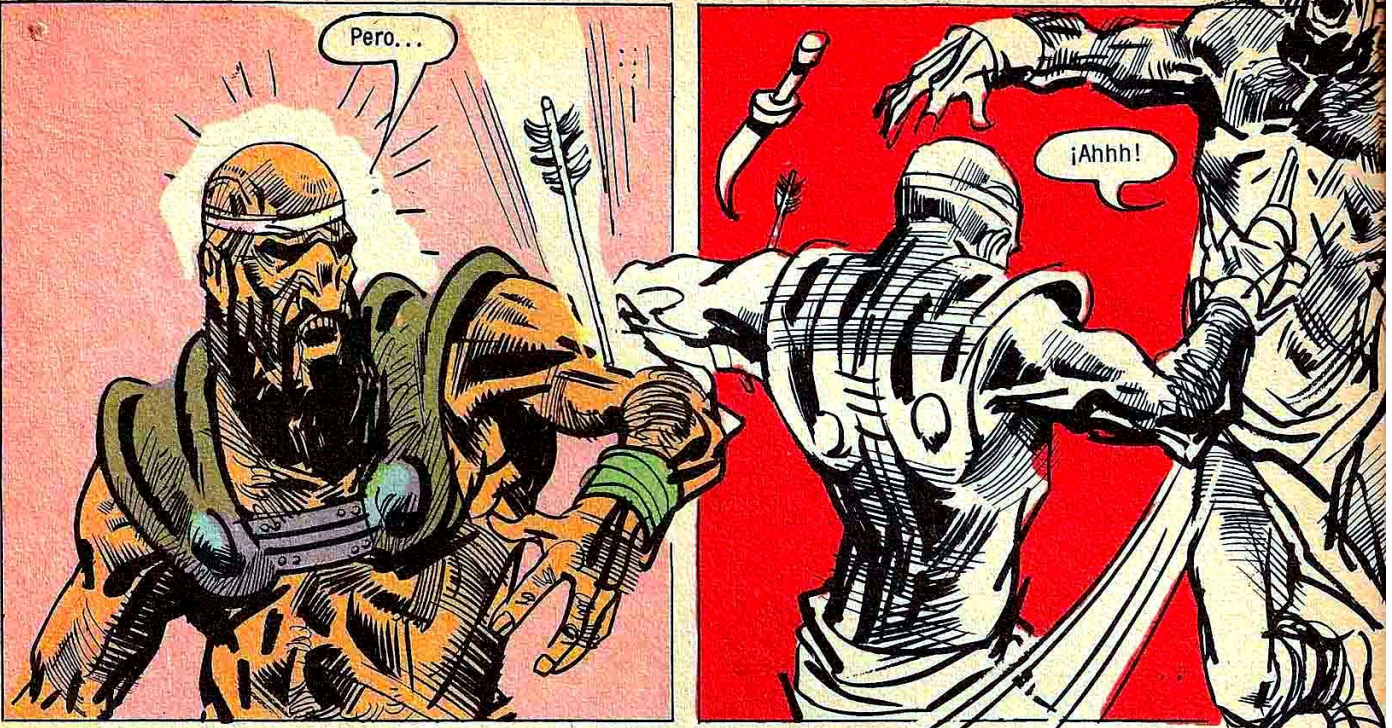


Allí aprendí a respetar a Menes. En su lejano país desconocido debió ser un guerrero soberbio. No hubo sorpresa para él. Con un salto de gato estuvo sobre sus pies y ambas espadas en la mano...



No me lo hice repetir. Tomé el hacha pues es arma buena para luchar contra hordas y...





El combate había cesado y la luna amortajaba los cuerpos dislocados sobre las piedras. El sacrificio a las fuerzas frías de la noche se había consumado.

(Pelearon bien al menos...)



Estás herido...

Es un rasguño... Sigamos...



Pero cuando el sol se levantó supimos que no sería todo tan simple. Los Maramantes untan el filo de sus armas con inmundicias para que las heridas se infecten. Y así... Tu herida se pudre, Menes.

Lo sé...



Deberíamos buscar alguna ciudad... Hacerte curar...

No. Tengo que llevarla... Tengo que ponerla a salvo...



¡Por los dioses, deja de destruirte!

Soy culpable por lo que ella es... Yo lo provoqué... Soy responsable... Seguiremos adelante...



Pero... ¿y tu brazo? Morirás si no haces algo...

El también estaba loco pero de una locura diferente. Hacía todo esto en nombre de su responsabilidad sin aceptar que la razón de su devoción era otra.



No pude disuadirlo. Estaba atrapado por ese amor esclavizante y en cuya hoguera terminaría por inmolarse un día, ebrio de rabia y de autodestrucción.



Ocho soles después salimos del desierto y penetramos en la región de las praderas amarillas, donde viven los pastores y la gente que planta.



Y ella continuaba ausente, cada día más etérea, como si fuera desprendiendo de sus cortezas humanas cada día más espíritu que carne...



Pero... ¿No sientes algo raro en el aire, Nippur?

Sí... pero no sé qué es...



Y de pronto vimos los animales en fuga, por todas partes y de repente, en un relámpago de espanto supimos lo que era.

¡Fuego! ¡Los pastizales se han incendiado!



Sí. El demonio de las llanuras avanzaba rugiendo, devorando todo, cada vez más fuerte, olas inmensas de fuego corriendo a mayor velocidad que el viento...



¡Arre! ¡Arre! ¡Hay que huir!



El aire se vuelve irrespirable, pesado, fango hirviendo que se niega a penetrar en nuestros pulmones. Y a nuestras espaldas, el incendio brama y escupe y galopa como un monstruo liberado...

¡Es inútil! ¡No podemos huir! ¡Va demasiado rápido!



¿Qué haces?

¡Nos queda una sola cosa! ¡Detente!



La gran montaña de fuego se acerca. Trombas incandescentes se elevan al cielo y chispas rojas llueven a nuestro alrededor.

¡Cava! ¡Cava rápido! ¡Trae esas cañas que hay allí!



La extendimos en la fosa húmeda sin que se resistiera ni dejara de sonreír. El aire ya era fuego...



¡Cubrámonos! ¡Pronto! Las cañas en la boca. Las usaremos para respirar.

Es como un regusto de tumba. La tierra en la boca y los ojos y el calor espantoso que ya llega...



El fuego es amo y señor de la llanura. Nada puede oponerse a él. Nada lo detendrá. Es la gran serpiente siseante que arrasa todo...



Y que por fin se aleja...



Emergemos a un negro mundo de pesadilla. Sólo queda la ceniza y las brasas y el humo...



Ella... No podrá marchar por esto...

La cargaremos... Haremos una parihuela con nuestras lanzas y los cinturones...

La marcha es una pesadilla. Cada paso levanta nubes de ceniza y el suelo calcinado quema nuestros pies. Yo me debilito pero Menes parece navegar en su locura.

Tiene que llegar con su gente... Tiene que llegar...



La agonía negra. Troncos negros que alzan sus garras al cielo. El humo sofocante y los pies calcinados y el cansancio infinito y la voz que no cesa:

Ven, padre... Mira jugar a los niños. ¿No son hermosos?



Escucha el canto de ese pájaro... Está ebrio de flores y primaveras, y tal vez muera en el invierno.



Un río...
Gracias les sean dadas a los dioses... No puedo más...



Será imposible atravesar esta tierra, Menes... Moriríamos calcinados... Podríamos hacer una balsa...



Descansa primero, hombre... No puedes ahora...

¡Descansa tú! ¡Yo comenzaré!



Lo hizo. Estaba cada vez más rabioso, más cerca de la hoguera demente de su inmolación. No podía esperar...



Ahora... ¡remos río abajo hasta que la tierra quemada termine... Río abajo...

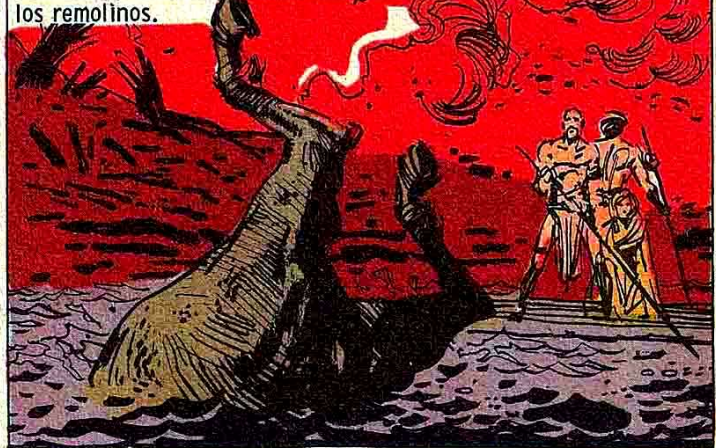
Descansa ahora...



Fue como viajar entre las fauces del infierno. Todo lo que nuestra vista abarcaba era desolación sin límites... Cadáveres negros... Algún muro derruido...



Durante tres soles navegamos en la corriente blanca que dividía el mundo negro. De tanto en tanto algún cadáver humano o de animal, hinchado y hediente se unía a nuestra marcha y luego se perdía en los remolinos.



Y de pronto hubo verdor y árboles y el aire se volvió benigno y fuimos como tres fantasmas ennegrecidos y famélicos emergiendo a la vida otra vez.



Al fin...

Necesitaremos caballos...



Debemos descansar... Comer... Limpiarnos...

¡No! ¡No! ¡Caballos! ¡Debo conseguirlos!



Fue como si los hubiera invocado...

Jinetes... Ellos los proporcionarán...

Lo escucharon con sorna, hombres de a caballo ante él que está de a pie y todos juntos lanzaron una carcajada.



¿Te burlas, manco? En nuestro país, el caballo se gana con honor y bravura, no con oro. Sólo los guerreros los tienen.

Meditó en eso y por fin...



Tu madre es una perra.

Las risas murieron. El jinete por un momento no pudo dar crédito a sus oídos y cuando lo hizo...



Veo que estás decidido, manco. Muy bien. Pelearemos por mi caballo. El que sobreviva lo poseerá.

¡Estás loco! ¡No puedes luchar con él! ¡No estás en condiciones! ¡Yo...!



Apártate. Ella necesita ese caballo...

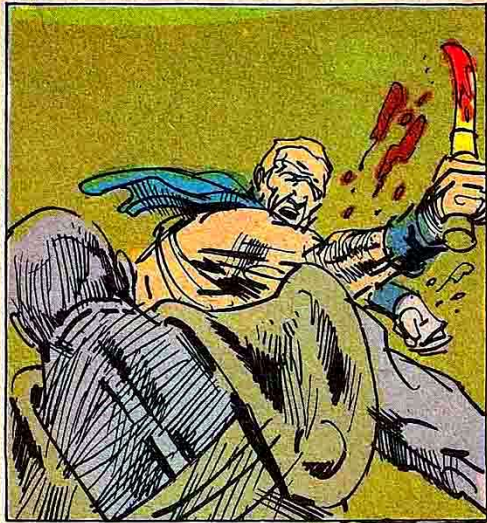
El jinete fue honesto y descabalgó. Era joven y no podía tomar en serio a ese espectro macilento, de ojos fabriles...



... pero no tardó en darse cuenta que era un error.



¡Ah!



La sangre floreció en el aire y los oídos gruñir como fieras. Sus pies alzaron nubes de polvo que deformaron sus siluetas y las diluyeron...



Y una de las siluetas gritó. Los caballos relincharon lúgubrememente.



Ahora era un espectro rojo, jadeante, sin fuerzas humanas, sólo empujado por esa increíble llama que lo quemaba por dentro.

La montura es mía...



Sube, muchacha... Vamos a Akad... Vamos a Akad...



Tu compañero, ¿está loco?

Sí, jinete. Algo así...



Vamos a Akad... Vamos a Akad...



Nuestra entrada en Akad produjo una conmoción. Eramos verdaderos fantasmas deshechos, con las túnicas en jirones, negros de cenizas y él, cubierto de sangre seca, con los ojos echando fuego y murmurando aún...

Vamos a Akad... Vamos a Akad...



Nos detuvimos ante la casa de piedra y hubo gritos y exclamaciones:

¡No puede ser! ¡Es Hanara! ¡Está viva!



¿Vosotros habéis hecho esto? ¿Vosotros la habéis salvado?

Sí... Yo...

Te lo agradezco, soldado. Los dioses bendecirán tu camino y para que veas que soy agradecido...



Toma esto. Es buen oro. Adiós y gracias otra vez.



Las grandes puertas se cerraron con un estampido y Menes quedó allí de pie, aturdido, con la mandíbula caída y un puñado de piezas de oro en el puño...



Pero...

...muchacha... Hanara...



Se volvió a mí y me extendió la mano abierta. Una moneda cayó y alzó una pluma de polvo en el suelo...

Mira, Nippur... Me han recompensado...



Me han...



... recompensado...



El caballo se arrodilló en el polvo y murió y yo me derrumbé contra una muralla mientras Menes lanzaba un extraño ronquido o sollozo de rodillas en el sol. Era el fin del viaje. Habíamos llegado a Akad.

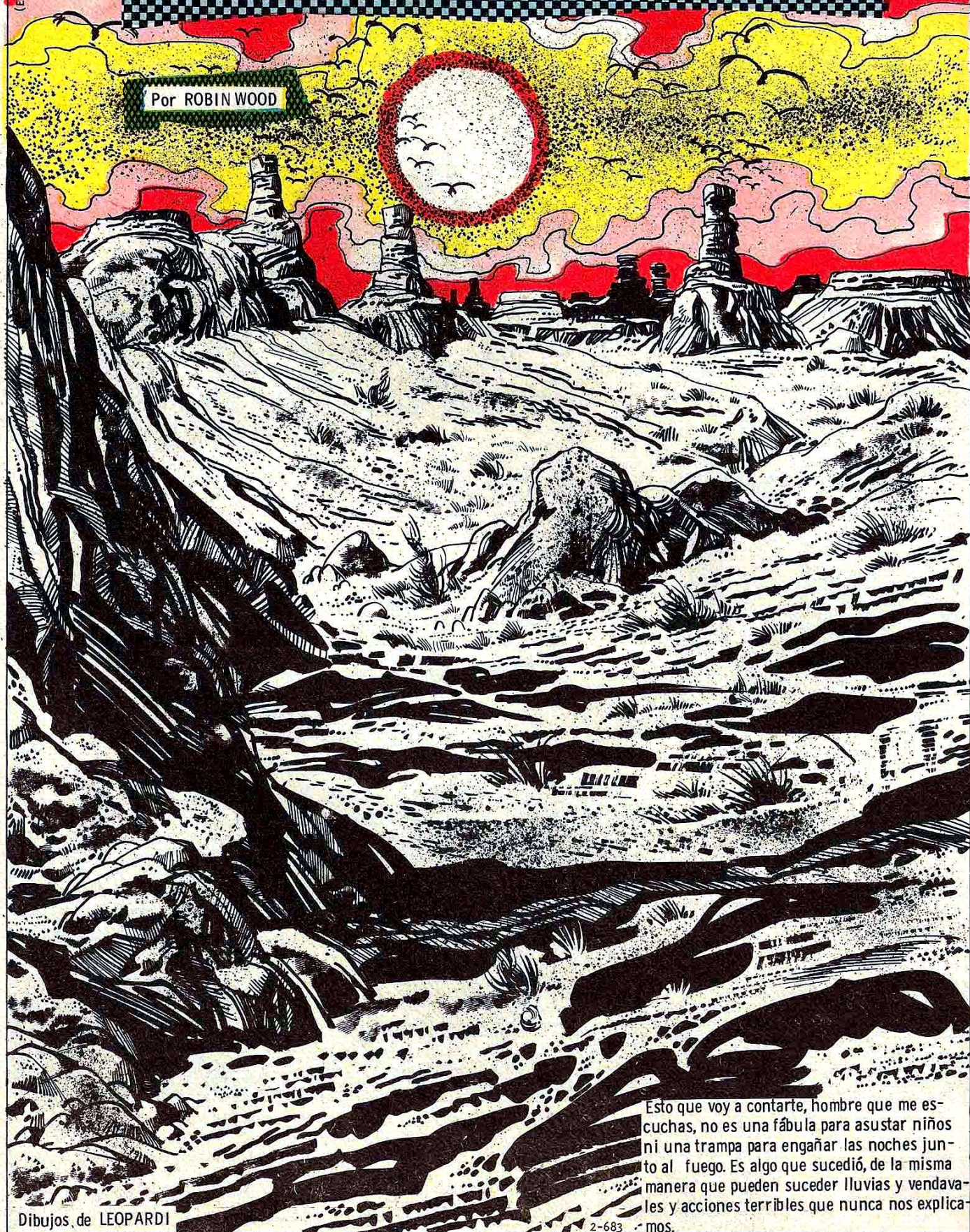


Fin

NIPPUR DE LAGASH

LOS BUITRES DE LA MUERTE

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LEOPARDI

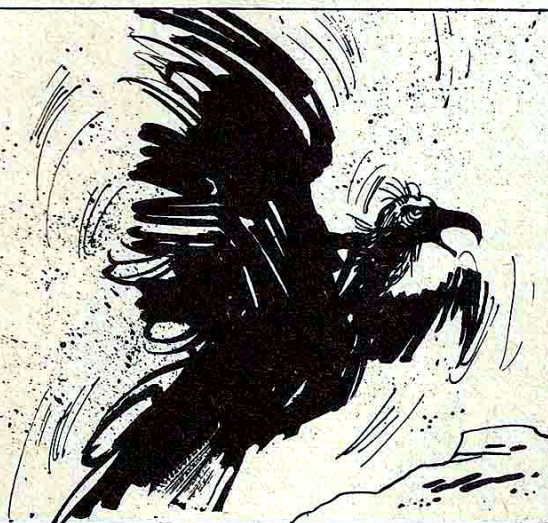
Esto que voy a contarte, hombre que me escuchas, no es una fábula para asustar niños ni una trampa para engañar las noches junto al fuego. Es algo que sucedió, de la misma manera que pueden suceder lluvias y vendavales y acciones terribles que nunca nos explicamos.

Alla arriba, como una nube alta y negra, los buitres esperaban. Tarde o temprano cobrarían valor y comenzarían a bajar. De a uno al principio, y después cada vez más numerosos y más audaces...



Allá, abajo, las hormigas parecían hervir en torno a la tumba revuelta. Senderos negros y borbotantes se movían en todas direcciones, sin un momento de descanso.

El primero en advertir algo fue un viejo buitre que picoteaba la tierra removida. Lanzó un aletazo torpe y sacudiendo la inmensa cabeza de carroñas alzó vuelo...



Después, las hormigas comenzaron a apartarse, como si algo hubiera quebrado el encanto de sus senderos negros...



Y entonces, con lentitud, torpemente como efectuando movimientos extraños para ella, la mano emergió...



Y una especie de ronquido de búfalo se oyó... Algo casi como un sollozo gutural e inhumano.



Todo esto me lo relataron. Nadie lo vio pero sólo pudo ser de esta manera.



Lo primero que vio Resus fueron los buitres, pero eso no lo sorprendió. En el desierto los buitres son garantías de monotonía y de orden. Los contempló con el aburrimiento de lo que se ve todos los días, aún sin desearlo. Detrás suyo oía el jadeo deshecho de los esclavos trabajando en la mina...



¡Ah, sí! Resus resopló satisfecho ante la idea de la posesión. El había sido siempre un hombre ambicioso y cruel y ambas condiciones estaban satisfechas ahora.



Después vio, bajo la nube de pájaros negros, al jinete. Un jinete oscuro y encorvado, como si le costara mantenerse en la montura...



Se acercó torpemente por el roquedal. Mientras lo hacía pensó que tal vez el jinete tuviera un poco de oro... Por lo menos su caballo valía la pena de molestarse... Y si estaba moribundo sería del que lo tomara.



Y de pronto, a pocos pasos de él sintió el extraño olor... Un hedor de carroña y tumba... Y entonces vio el rostro (o lo que quedaba) del jinete.



El golpe de la pala contra el suelo se escuchó nítido en el aire tranquilo de la tarde calurosa. Los ojos desorbitados de Resus parecían hipnotizados...



¡Eh, mira! El perro debe haber enloquecido...



Lentamente todos fueron levantando la vista y deteniendo sus tareas. Ninguno entendía demasiado lo que estaba pasando pero había algo de definitivo, de final, de irreversible en todo ello...



Mientras el jinete desmontaba, el viento comenzó a soplar hacia ellos.



Pero... ese olor...

Es... olor a muerto...

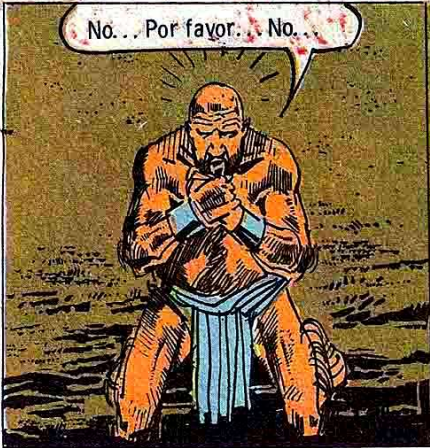
Espera... Lo que tenías aquella vez, ¿recuerdas? Te lo daré todo de vuelta... Todo...



Pelea, Resus. No puedes sobornarme.



No... Por favor... No.



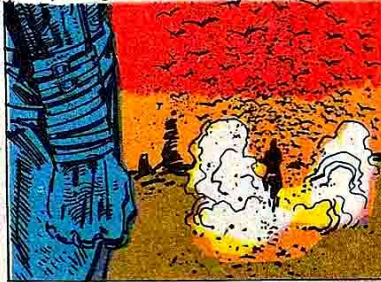
Sea. Como tú quieras.



Un seco estampido, como de madera quebrada llegó hasta los esclavos estupefactos, que observaban la escena desde lejos. Se miraron unos a otros, pero ninguno se movió.



Los buitres chillaron excitados y cuando el jinete se alejó, en lugar de descender sobre la carroña se lanzaron tras sus huellas. Uno de los esclavos, espantado, cerró la mano sobre el amuleto que llevaba para protegerse de los demonios...



Estaba metido hasta la cintura en el río, con mi lanza en la mano, burda caricatura de guerrero, al acecho de algo más agradable que la gloria. Y, por cierto, más nutritivo.



Bienvenido a mi hambre, hermano pez.



Es agradable la vida del vagabundaje y la irresponsabilidad. Es agradable y plácida como un atardecer de verano, cuando hasta la tierra hirviente se vuelve amistosa y el fuego nos habla con chasquidos y estallidos de savia.



Y nunca, en esa paz única, podemos sentir el terror que se aproxima como una gran nube de tormenta...



Sumo observó el cuerpo caído en la tumba recién excavada, aún tratando de cubrirse el rostro con las manos. La sangre había formado un lodo rojizo y su espada aún estaba envainada...



Tado yacía en su tumba, como antes Resus lo había hecho en la suya.

Simplymente, "eso" llegó y desmontó de su caballo. Le arrojó una pala y le ordenó cavar...



El campesino se encogió de hombros... Pero cavó. Estaba blanco de terror y temblaba. Cuando "eso" puso la espada en sus manos y le ordenó pelear, Tado cayó de rodillas e imploró piedad...



Entonces la cosa golpeó. Le bastó un sólo espadazo.



Recién entonces el campesino volvió la vista hacia Sumo y éste pudo ver el horror, petrificado en sus pupilas...



Aquella era una comarca hermosa. Con sembrados y frutales a los lados del sendero y hermosas muchachas levantando las primeras cosechas. De vez en cuando torrentes turbios de montaña cortaban la tierra y una algarabía de perros anunciaba alguna aldea...



Sumo pasó una mano por la frente y la otra apretó un poco más fuerte su hacha...



El muchacho era fuerte y curtido por el sol de muchas cosechas. Había crecido en esos campos y esos campos le habían enseñado a ser duro como las piedras y los lobos...



Los dioses sean contigo, labrador. ¿Tendrás un poco de...?



Alcancé a verlo, un segundo antes de que arremetiera. Se había acercado hasta quedar a pocos pasos de mi caballo...



¡No! ¡Espera! ¡El no es...!



¡Ah!

Me rasqué la cabeza intrigado y un poco divertido. No deja de tener gracia el ver los disparates que cometen los cachorros en su afán de crecer.

¿Siempre recibes así a los que te piden un poco de agua? ¿O es que yo te he caído especialmente antipático?



El muchacho trató de ponerse de pie pero sólo consiguió volver a caer, sujetando su estómago y maldiciendo penosamente mi velocidad y su propia estupidez.

No lo tomes a mal, señor. Te hemos confundido con otro.



¿Ah, sí? Pues no querría estar en el pellejo de ese otro.

Acepta nuestra hospitalidad, señor. A cambio del mal momento y del error...



La cena fue de carne asada y vino espeso y negro y cuando terminamos, el hombre esperó a que su mujer saliese del cuarto antes de indicar con un gesto que podíamos hablar libremente. Entonces, pregunté...

¿Qué ocurre contigo, Sumo? ¿A quién esperas?

Espero a un muerto, Nippur.



El muchacho estaba sentado en el suelo, con las manos sobre las rodillas y el cuchillo ensartado entre los pies. Los ojos le brillaban de una manera extraña y no los apartaba del camino que podía vigilar a través del hueco de la pared.

¿Un qué...?

Hace mucho tiempo un guerrero recorrió la comarca buscando a tres hombres que lo ayudasen a llevar una carga hasta el país de Num. Tres hombres de armas, claro. Era un guerrero famoso, según dicen, con una espada célebre. Decían mucho de él...



Miró su copa como si en el vino negro hubiese alguna respuesta a hallar.

Alguna vez, antes de venir del este, yo fui soldado. Y me acostumbré al dinero fácil del saqueo. Así que saqué mi espada y mi escudo de debajo de la paja del establo y lo seguí. Era cuestión de pocos días y tendría oro para comprar ropas a mi mujer y una vaca. Y tal vez hasta un poco de tierra...

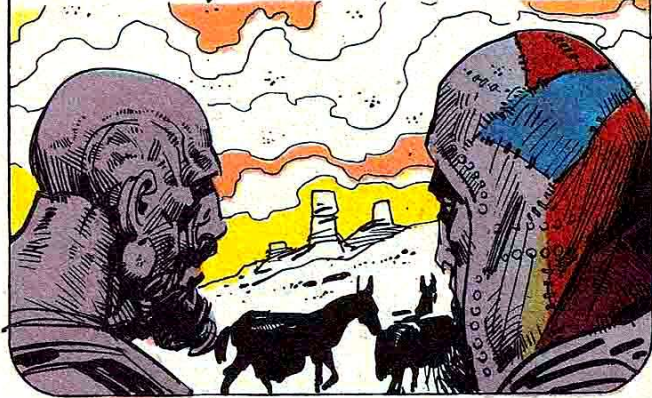


Suspiró. Le estaba costando mucho el hablar.

Pero algo ocurrió en el camino al país de Num...



Tado y Resus, los otros dos de la escolta comenzaron a retrasarse y a cuchichear entre ellos. Y miraban las tres mulas cargadas con bolsas pesadas...



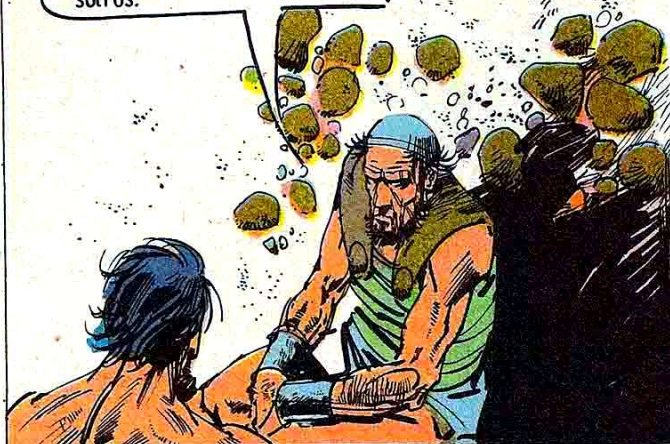
Hasta que una noche me lo dijeron.

Llenó su copa otra vez. Las manos le temblaban y un poco de vino chorreó por entre sus dedos. Se me ocurrió pensar que parecía sangre. Y la idea debió haberle llegado a él también pues se limpió nerviosamente la mano...

En esas bolsas había mucho oro. Alguien les dijo que ese guerrero había sido jefe de mil de un gran rey y que volvía a su tierra con el fruto de cinco años de saqueo. Y volvía sólo, sólo con nosotros y con esa fortuna.



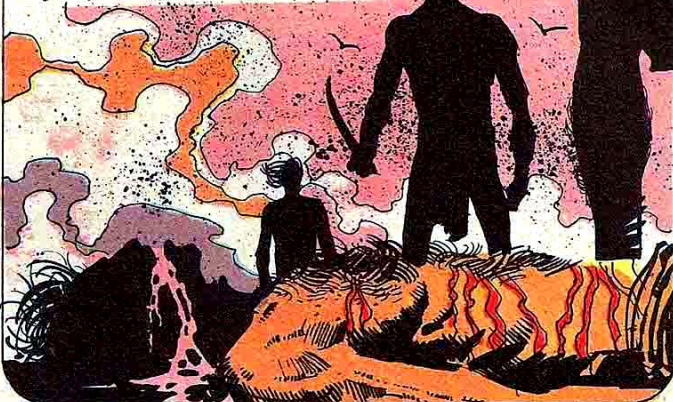
Y la codicia se despertó en nosotros.



Una noche, cuando estábamos lejos de cualquier poblado, me despertaron sus gritos. Mis compañeros lo estaban apuñaleando.



Cuando dejó de moverse lo dimos por muerto y lo enterramos. Según parece...



Apuré un trago. Su copa estaba vacía nuevamente.



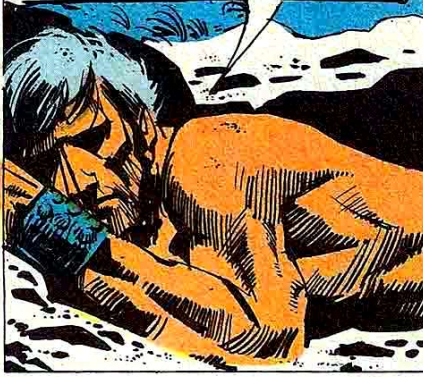
... según parece lo enterramos vivo. Y ha salido. Y está aquí. Resus y Tado fueron encontrados. Ambos fueron muertos tras haber cavado sus tumbas. Y ni siquiera tocó el oro... Como si eso ya no tuviera ninguna importancia...

Y ahora vendrá a buscarme.



Me eché a dormir con un extraño gusto amargo en la boca...

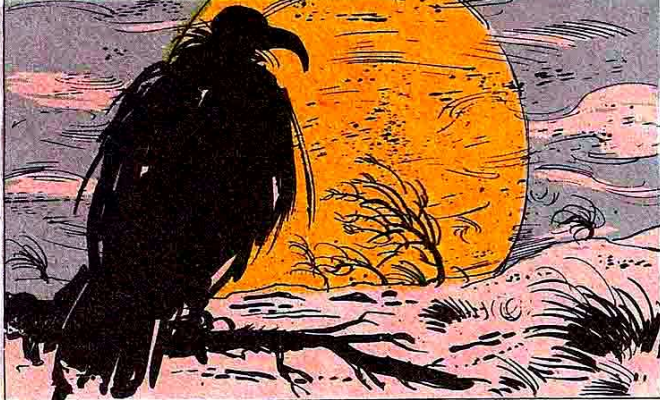
(Un fantasma semimuerto, escapado de su tumba busca a sus asesinos... Los dioses permiten extraños horrores...)



La noche se extiende, pesada y fragante de silencios y se curva para no herir las copas de los árboles... La noche duerme con los que duermen, como si sus sueños la encarceraran...



Sólo el buitre estaba despierto sobre el tronco, con la gran pupila sonámbula, fija y rojiza...



Vagamente recuerdo un olor nauseabundo azotándose los sentidos. Un sueño demasiado fantástico para ser sueño...



¿Qué...?

Después, una hoguera de dolor. Y nada más...



¡Ah!

El buitre aleteó y chilló. Su gran pupila roja centelleaba como una brasa...



Pero yo no vi nada de ello. Esta vez sí mi noche era negra y total.



El sol estaba muy alto cuando desperté...



Dioses...
Mi cabeza...

Pero...



La tumba estaba sin cubrir y no hacía falta mirar dentro para saber que era lo que quedaba de Sumo lo que yacía allí. Hasta podía adivinar su rostro aterrorizado. Simplemente estaba muerto, con el horror convirtiendo su rostro en una máscara grotesca y un sudario de moscas verdes zumbando sobre él.



Más allá una mancha oscura entre los arbustos. La mujer. Debí morir en silencio, tal como había vivido. Todo lo que supe de ella fueron sus paños ingrávidos y sus manos percutidas y prácticas mientras servía la comida y su respetuoso recato al dejarnos solos para que habláramos.



(¿Y el muchacho?)



El estaba con el puñal firmemente sujeto entre los dedos. Pero la hoja estaba limpia y sin marcas. Y sin embargo no leí miedo en esos ojos tan abiertos. Sólo esa rabia del que muere sin hacer lo que se ha propuesto. Una rabia tan joven como su propia sangre...



(Pobre... Sabías que no podías hacer nada. Y sin embargo lo intentaste...)

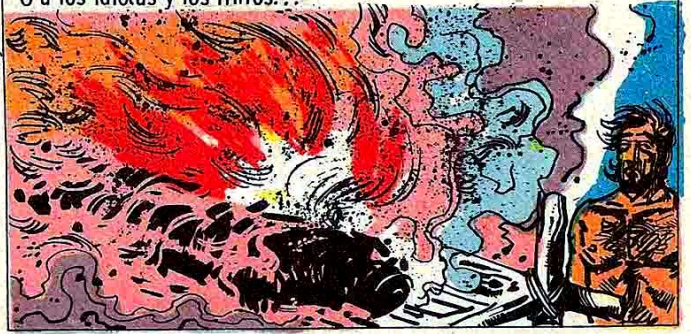
La pala me quemó en las manos. Cada golpe a la tierra negra y húmeda me dolía en las entrañas. No por ellos. Simplemente por la triste inutilidad de sus muertes...



Cuando la luna brillaba nítida en el cielo terminé mi tarea. Ahora había dos tumbas cerradas y juntas, tal vez como ellos las habrían deseado. O tal vez ya no les importaba en absoluto este detalle. La frontera de la muerte es una suposición sin realidades...



Pero a él no lo enterré. A aquel que amó a su padre hasta morir por él no lo sepulté. Le levanté una pira funeraria como las que se ofrece en los países bárbaros a los héroes y a los justos... O a los idiotas y los niños...



Eso era todo lo que podía hacer por él. Y juro que me dolió que fuera tan poco...



(Si hubiera algo más...)

Un buitre voló muy arriba...

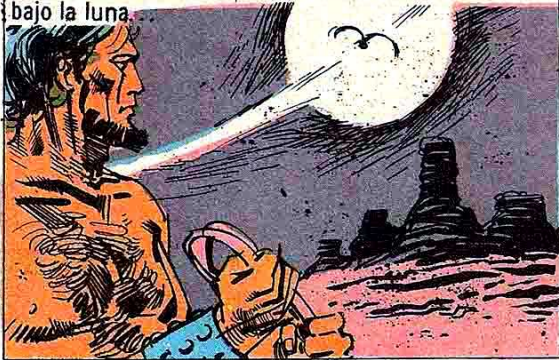


Y entonces supe lo que debería hacer...



(Sí. Eso es...)

Seguí su vuelo con mi caballo y el repugnante pájaro pareció tratar de guiarme. Cien veces lo vi detenerse sobre una roca y esperar por mí. Una vez cerca, lanzaba un graznido y con un aletazo seguía la marcha bajo la luna.



Lo encontré sentado frente a lo que que alguna vez debió ser su tumba. Estaba allí como quien busca una razón o una palabra o simplemente un gesto para seguir adelante...

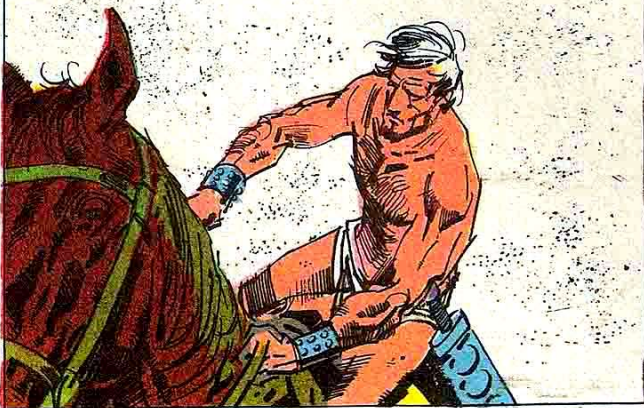


El olor fue lo primero que recordé. Lo recordé desde el fondo de un sueño extrañamente mezclado con el dolor y la nada. Un sueño que había sido demasiada pesadilla como para no ser real...



Bienvenido, guerrero...

El no se movió. Tal vez ya sabía por qué venía. O tal vez simplemente no le interesaba...



Y cuando estuve frente a él, supe por qué ninguno de aquellos tres guerreros había podido vencerlo. Y supe también que mis pasos no habían sido dirigidos por mi voluntad. Algo más fuerte que yo me había empujado...



Pelea, guerrero.

Las hormigas le habían tatuado de horror el rostro y a fuerza de medias muertes su rostro era menos un rostro y más un cráneo espantoso, reluciente de blancura y de misterio...



¿Cómo podrás matar me? Yo ya estoy muerto.

Si estás muerto, bastará con devolvete a tu tumba, guerrero. Los dioses serán contigo más piadosos de lo que fueron los hombres.



Desvainó su gran espada de guerra y se enderezó buscando hilachas de vida en esa ruina muerta que era su cuerpo...



Dame paz, entonces.

Y su olor y su rostro blanco de hueso y amarillo de piel y la tremenda fuerza de sus golpes...



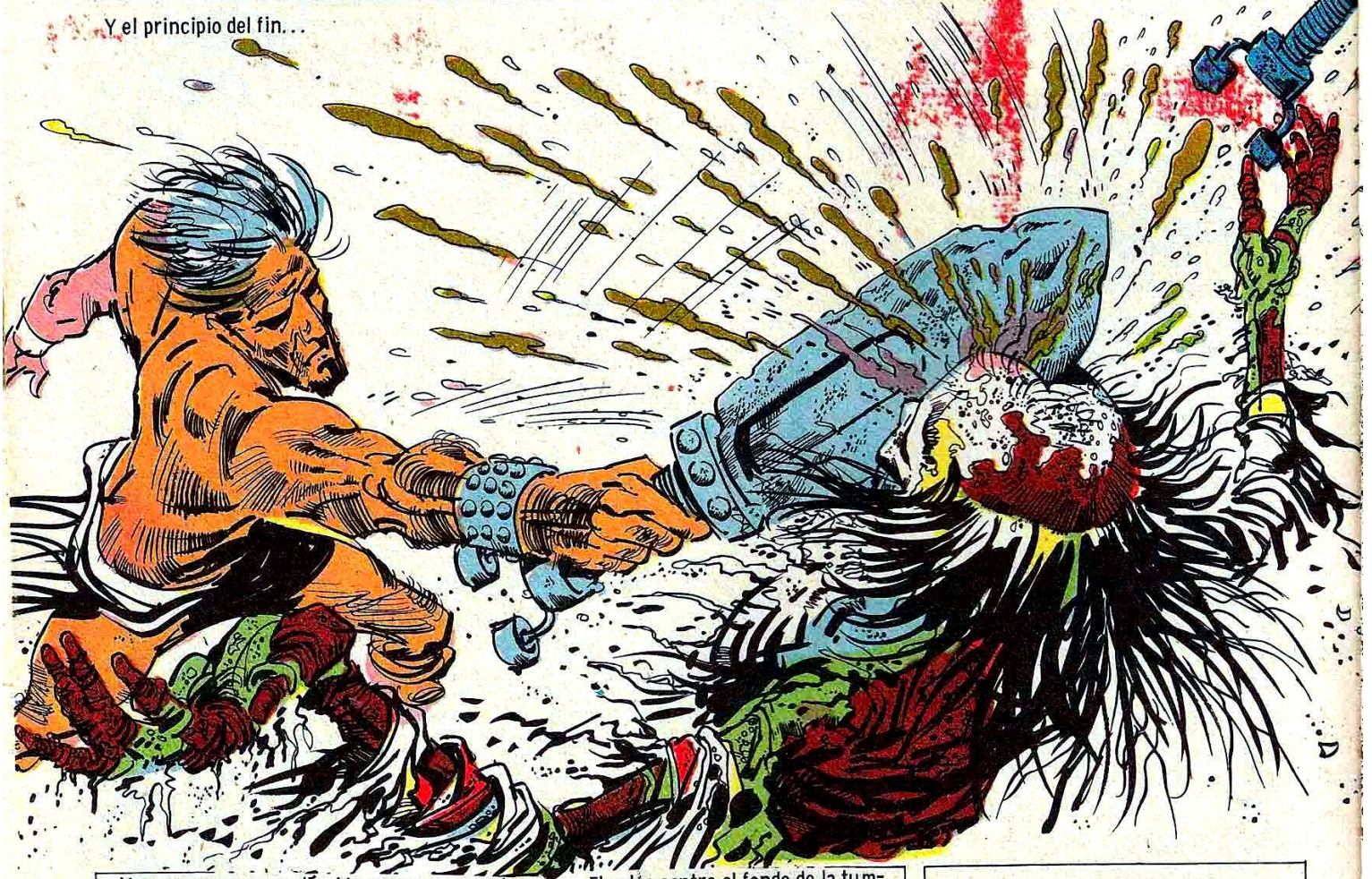
Y los buitres chillando muy arriba. Y las hormigas que llegaban en finas columnas devoradoras. Venid, hijas de la naturaleza sabia y triturante. Venid... Venid...



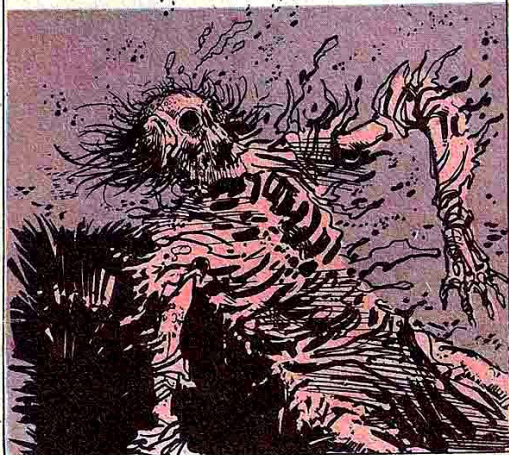
Y su cuerpo macilento y monstruoso a la luz de la luna. Y su espada dibujando elipses de plata, trazando figuras mágicas de bronce ante él...



Y el principio del fin...



Y su sangre, opaca y líquida, poca y su muerte sin gritos ni ruegos ni quejidos... Su muerte sin muerte...



El golpe contra el fondo de la tumba. Un último estremecimiento, ahogado. La Luna petrificada en el cielo negro y mi espada aún temblorosa... ¿O es mi cuerpo?



Nada más...



(Lo siento, guerrero. Lo siento por todos nosotros... Ahora puedes morir tranquilo y presentarte ante los dioses sin que tu memoria te torture. Es mejor así, pobre guerrero...)



Casi con melancolía eché tierra hasta llenar la tumba y la apisoné y la sellé con un túmulo de piedras...

(Esta vez no debes salir, guerrero...)



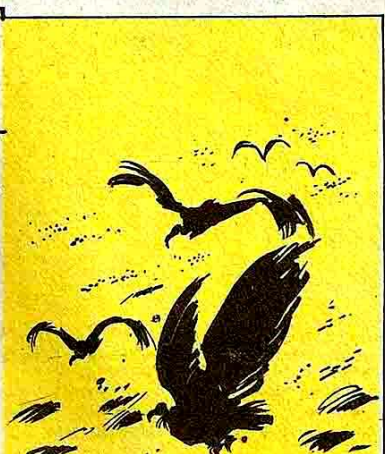
(Descansa esta vez. Déjate dominar por la muerte ahora... No te resistas...)



¡Muere esta vez!



Mucho se ha hablado de él. Algunos dicen que fue mal muerto, otros dicen que fue bien muerto pero que su rabia y su venganza lo arrancaron del reino de la noche. No sé qué es verdad... No lo sé... ¿Cómo podría yo pensar en todo esto sin envenenar mis noches? ¿Cómo pensar en ello si aún llevo en mis oídos el ruido de los buitres al bajar sobre aquella tumba y si aún puedo oler la carroña y la sangre de vivos y fantasmas? ¿Cómo podría hablar de ello?



¿Cómo podría si, aún hoy, me pregunto si está realmente muerto? Contéstame, hombre que me escuchas... ¿Cómo podría hacerlo?



FIN

NIPPUR DE LAGASH

LA GLORIA DE ARTAMAS

(E-195)

Por ROBIN WOOD



Se movían lentamente sobre el escudo rocoso del desierto, como una serpiente de bronce cortada aquí y allá por el eslabón de madera de un carro de víveres. No había pendones y marchaban con la cabeza gacha y los pies perdidos en el polvo.

Dibujos de LEOPARDI



¿Y de qué otra manera pueden marchar los derrotados? La vergüenza aplasta los hombros con el peso de una montaña y duelen las muertes inútiles que sólo han hecho florecer el fracaso...



(No han podido detener a los hititas. ¿Y cómo hubieran podido? Soldados de barrigas pesadas que han pasado demasiado tiempo en los cuarteles. Armas enmohecidas. Carros mal cuidados. No es un ejército. Es una caricatura.)



Sí. Los hititas llevan siempre la ventaja en este eterno conflicto de fronteras. Ellos son los hijos de la guerra y desde la cuna hasta la tumba sólo saben pelear. Es su ciencia.

(Y son maestros en ello.)



¡Eh, anciano sumerio! ¡Ven y comparte un poco de vino conmigo!



Shebaneba es guerrero, egipcio e insolente, en ese orden. Se unió a los sumerios porque los desprecia un poco menos que a los hititas y porque fundamentalmente ama la guerra, no importa bajo qué estandarte la vea.

Shebaneba, es bueno verte.

A ti también. ¿Cómo haces para llegar siempre tras la batalla y nunca antes?



Es que soy un anciano temeroso de los jóvenes valientes como tú.

Vete al diablo. Esto es serio. ¿Sabes que los hititas nos han pulverizado?

Lo suponía. Esta tropa huele a derrota.



¿Derrota? ¡Ja! Huele a excrementos, a cobardía y a estupidez. El combate duró lo que dura un estornudo. Corrieron tan rápido que ni los hititas en sus carros los pudieron alcanzar.

Deberías burlarte un poco menos, Shebaneba. Tú también formas parte de este ejército vencido.



Había oído hablar de Artamas, el general, pero era la primera vez que lo veía. Me gustó. Parecía duro como el granito, quemado hasta los huesos por el fuego de la guerra y leal a su maltrecha tropa de derrotados.



Tú eres Nippur, el de Lagash, ¿eh? Bienvenido a mi campamento.

¿Piensas detenerte aquí, general?

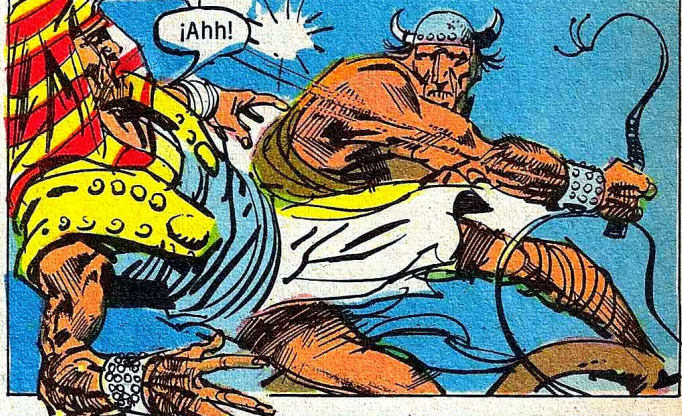
Sí. Dejaré descansar a la tropa e intentaré detener a los hititas junto al río para dar tiempo a que lleguen los refuerzos de Akad y Lagash.



¿Detenerlos? ¡Ja, ja, ja! ¡Claro que los detendrás! ¡El tiempo necesario para que dejen de reírse cuando vean a tus soldados y el segundo que les llevará apartarlos de un salivazo! ¡Ja, ja, ja!



Aquello fue demasiado para Artamas. La derrota duele mucho a un hombre de guerra.



¡Vejete, presumido! ¡Nadie pega a Shebaneba sin...!



Artamas no se inmutó. Simplemente lo embistió con su caballo y de un pechazo lo hizo rodar por tierra.





Suficiente, Shebaneba. Guarda esa espada y controla un poco más tu lengua. Dentro de poco habrá batalla y necesitare individuos como tú.



Luego, con un golpe de talones, hizo girar su caballo y al trote volvió hacia su tropa.

Viejo cretino... ¿Qué opinas de él?



Bueno, es indudable que el viejo Artamas sabe cómo tratar a un charlatán de tu laya, ¿eh?

Mira quién habla de charlatanería.



No fue un campamento alegre. Los lamentables soldados sumerios comieron en silencio junto a sus hogueras con las cabezas bajas y evitando mirarse. Los caballos arrastraban el hocico en el polvo y ellos también parecían derrotados.

Come, Nippur.



¿Crees en la llegada de los reuerzos sumerios, Artamas?

Tengo que creer. Si no, no habría razón para que yo peleara aquí. No puedo ganar. Sólo puedo demorarlos y esa demora se paga con vidas.



¿O sea que esperas que Sargón, el soldado, se alié con Lugal-Zaggizi, que lo ha traicionado mil veces, y con Aneleh, que no confía en ninguno de ellos, y con Ur-El, que sólo cree en defenderse solo? Suena difícil.



¿Qué otra cosa queda? ¿Aceptar lo que parece inevitable, desbandar a mi tropa y dejar los valles sumerios abiertos ante los carros hititas?



¿Qué podía decirle? No soy un sabio y carezco de país; la guerra ha sido para mí siempre un accidente, nunca una costumbre.

Iré a dormir. Te veré con el sol, Nippur.

El sol... Pobre Artamas... Hasta el último aguatero del ejército podría decirle lo que el sol traerá.

Hmm...

¿No oyes rumores extraños? Los soldados huyen durante la noche. Los he visto. Dejan sus armas para correr con más facilidad. Mañana tendremos diez lanzas para cada soldado, Nipur.

¡Y yo odio ser derrotado! ¡No me gusta la derrota! ¡La he probado mil veces! ¡Ahora quiero vencer! ¡Quiero ser un vencedor y no siempre un derrotado!

Shebaneba tuvo razón. Sólo un puñado de veteranos amaneció en el campamento. Y del otro lado del río, los hititas ennegrecían la tierra como una nube de langostas.

A prepararnos.

¿Sigues dispuesto a luchar?

Nadie está obligado a quedarse con mígo. Aún solo pelearé.

Yo me quedé, nadie me preguntó por qué. Soy viejo y cínico, y para mí los hombres son aún más importantes que el sentido común.

Esto detendrá a sus carros... es pero.

Y allí colocaremos nuestros arcos.

Con sólo diez flechas cada uno. Qué idiotéz.

¡Cruzan el río!

Era un espectáculo espléndido. Los carros avanzando con el agua hasta los ejes, en perfecta formación, la caballería distribuida en cuadros y los arqueros alineados en la orilla listos para cubrirlos con una lluvia de flechas. Ni un grito. Un silencio disciplinado y pulcro.

Shebaneba suspiró.

Eso es un ejército. Y, como de costumbre, yo estoy en el que no debiera.



Los carros brotaron como rayos del agua y con un solo grito terrible atacaron.



Las estacas fueron muy débiles, se hundieron en el suelo fangoso y los hititas estuvieron sobre nosotros. En un relámpago vi sus duros perfiles de halcón.



Pobres guerreros sumerios, ablandados por la paz, el buen comer y beber de nuestra tierra opulenta. Fueron despedazados, muertos, lanceados, pisoteados. Ni siquiera tuvieron tiempo de arañar un poco de gloria suicida.



Y esos carros... esos carros hititas que parecen invulnerables a todo...



Retrocedimos peleando hasta una colina, cercados por las hormigas carnívoras, cubriéndonos unos a otros, mientras el aire hervía como el caldo de la muerte.



Un vistazo y pude ver a Shebaneba en acción. Era como un leopardo evitando golpes y acuchillando enemigos, matando su propia furia de derrotado al subir el precio de su muerte más y más.

Y Artamas, el viejo león, sabio e impetuoso, cobrándose humillación con muerte, su última gala.



Y yo, el que no tenía razón de estar allí, excepto la de amar a los derrotados. Hay una humanidad angustiosa en la derrota... y hay algo de vulgar en la victoria.





Pero ya era el fin. Un hitita con insignias de oficial gritó:

¡Esos tres...! ¡Los quiero vivos!



Lo oyeron y lo obedecieron.

¡Ah!



¡Perros...! ¡Matadme al menos!



Shebaneba simplemente dejó caer su espada y sonrió con insolencia.

¿Me queréis vivo? No discutiré la inteligencia de esa decisión. Soy un mercenario y peleo por precio. Y ahora ya no hay nadie que me pague.



No nos maltrataron. Eran demasiados buenos soldados para perder tiempo en tonterías de ese tipo. Nos ataron, nos colocaron un centinela a la vista y nos olvidaron.

Y ya terminó nuestra guerra, general. Ha sido corta y muy gloriosa... pero estamos vivos.



No es mucho consuelo eso. La muerte borraría la vergüenza.

Bah. Los vivos pelean otra vez. Deberías ser más realista, Artamas.



Una voz profunda y satisfecha nos hizo alzar la cabeza.

¿Qué veo? ¡Mis hombres me han traído un verdadero tesoro humano!



Miriamil es el mejor guerrero de los hititas. Un carro egipcio con cuchillas en los ejes se llevó sus piernas pero ni eso ha anulado su talento. Las batallas se deciden en su cerebro, y su lucidez y astucia valen más que mil carros.

Artamas, el general... y buen general... Shebaneba, el mercenario... y un buen mercenario...



Pero su jovialidad murió al volverse a mí. Es demasiada la sangre entre el país de Hatti y yo.

... y tú, Incorruptible.



¿Qué haré con vosotros? ¿Mataros? Sería desperdiciar una excelente carne de guerra. Estáis derrotados y yo sé lo que duele eso.



Yo tengo un cuerpo de mercenarios, hombres de muchos países que gustan ganar las guerras... y no me vendrían mal dos oficiales de experiencia para guiarlos.



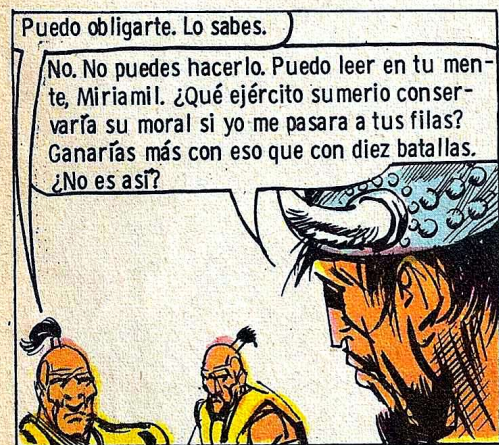
¿Sugieres que pelee contra mi propia gente? ¿Tu gente? ¿Quiénes son? ¿Los que te enviaron con ese ejército lamentable a hacerte matar? Pobre Artamas, ¡qué manera de sujetarte a falsos valores!



Yo soy de tu raza, no ellos. Yo soy un guerrero como tú. Hay más en común entre nosotros que entre tú y tus ciudadanos de barrigas y miedos pequeños Artamas.



No.



Puedo obligarte. Lo sabes.

No. No puedes hacerlo. Puedo leer en tu mente, Miriamil. ¿Qué ejército sumerio conservarías su moral si yo me pasara a tus filas? Ganarías más con eso que con diez batallas. ¿No es así?



En efecto y no dudaré en quebrarte si es necesario. Te doy una oportunidad más. ¿Gloria o tormento?



Si hubiera sido un soldado de tropa, Artamas hubiera escupido. Siendo general ni siquiera honró al hitita con ese gesto. Si simplemente lo ignoró.

Está bien.



¿Y tú, egipcio? Tienes la misma elección. Puedo darte el mando de cien. Habrá oro y mujeres para ti. ¿Qué respondes?



Soy un hombre que se compra. Acepto.



¿Y yo, Miriamil? ¿También podré elegir?

No, Incorruptible. Tú no.



Te conozco. Tú eres un zorro astuto y, si te diera una oportunidad, me engañarías. Tú eres escurridizo, sutil e imprevisible. No puedo adivinar lo que harás y eso me molesta. Prefiero matarte...



... pero antes nos ocuparemos de Artamas.



Al día siguiente el ejército hitita formó una gran rueda, sentados en el suelo, comiendo y bebiendo, como si fueran a asistir a un espectáculo... y en cierto modo así era.



Shebaneba resplandecía en su nuevo uniforme de escamas de bronce, insolente y gallardo como nunca, de pie a la derecha del hitita. No perdió la sonrisa cuando nos vio aparecer.



Trajeron tenazas y braseros, clavos y aceite hirviendo, todo el ceremonial del horror. Artamas ni los miró pero su rostro palideció.

¿Aún te niegas, Artamas?



Miriamil esperó un momento por la respuesta que nunca llegó y por fin...

Comiencen.



Eran verdugos expertos, que no desperdiciaban su tiempo. Lo extendieron sobre un esqueleto de madera hasta hacer crujir sus coyunturas y...

El primero, general de Sumer.

Y el olor de la carne quemada, el siseo del bronce humeando y el aire denso de mil respiraciones alertas, acechando el dolor, esperando el grito...



No hubo grito.



Las tenazas y los garfios. Los hititas no comen ni beben. Sólo miran ese cuerpo sobre el cual se ceban los insectos negros. Tal vez ahora brote el alarido mordido.



No hubo alarido.



El fuego. Las cuchillas. Las agujas de bronce. Las piedras dentadas. El sol, aterrado, se oculta tras las nubes. Tal vez ahora el sumerio se quiebre.



El sumerio no se quiebra.



¿Qué ocurre, inútiles? ¿Es que tendré que usar todo ese cacharrerío con vosotros? ¡Que grite!



Y la ronda infame recomienza. Un hitita se pone de pie. Luego otro y otro. El viento ha cesado y los estandartes cuelgan como pieles de cadáveres. La victoria de Miriamil se está desmoronando.





Es mejor que detengas esto, señor. El efecto que estás consiguiendo es nefasto.

Ese perro... ¿Cómo puede resistir? ¡No es humano!



Basta. Continuaremos mañana. ¡Tendrá que rendirse!



Toda la noche velé junto a ese cuerpo martirizado, curando las heridas que podía y refrescando su rostro. Tiritaba y murmuraba incoherencias entre sus dientes castañeteantes.

Descansa, Artamas. Descansa, hermano.



De pronto sentí una presencia y alcé la vista. Shebaneba estaba de pie bajo la luna y miraba a Artamas sin decir palabra. Parecía un hombre muy confuso.



Luego desapareció en la noche. A lo lejos se oían las consignas gritadas de los centinelas hititas.

Descansa, hermano.



La atmosfera era diferente. Los hititas aparecían sombríos y molestos y ya no existía el clima festivo del día anterior. Miriamil estaba nervioso.

¡Comiencen!

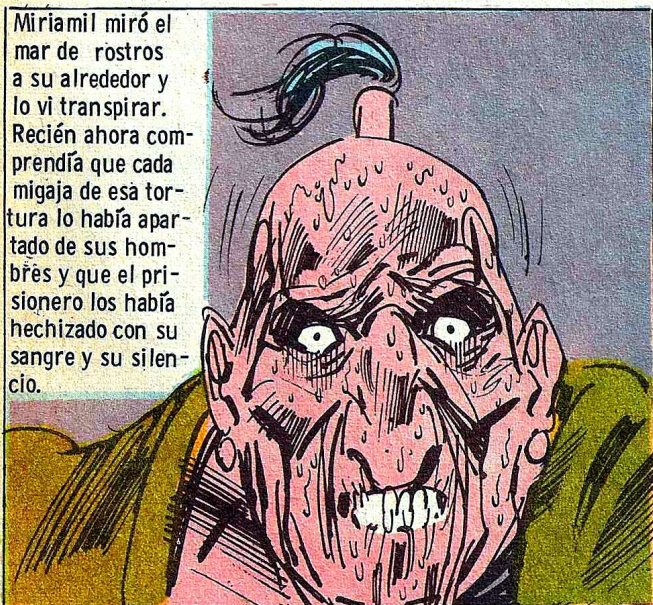


Un momento, señor. Tú nos conoces. Somos tus soldados. Te hemos seguido en mil batallas y te seguiremos en otras mil... pero no vuelvas a tocar a este hombre. El es sagrado.



¿Como te atreves a hablarme así? ¿Eres un guerrero o una mujer?

Soy un guerrero. No soy una hiena. Y sólo es sagrado el hombre que no teme a la muerte y que guarda su honor. El sumerio lo es. Todos nosotros lo sentimos así.



Miriamil miró el mar de rostros a su alrededor y lo vi transpirar. Recién ahora comprendía que cada migaja de esa tortura lo había apartado de sus hombres y que el prisionero los había hechizado con su sangre y su silencio.



Y perdió la cabeza...

¡Continúen! ¡Es mi orden!



Por fin comenzaron a apartarse. Refluían como las aguas de un mar en bajante. Alguno señaló a Shebaneba pero los demás se encogieron de hombros.



Por él. ¿Cómo negarse a tanta grandeza? Este sumerio me ha encadenado a él por vida. Te dije que soy un mercenario. Tengo un precio. Y él lo pagó.



¿Has oído Artamas? Has vencido. Sin ejército, sin lanzas, has vencido tú solo. Tu nombre será cantado en Sumer y todos los niños que nazcan esta primavera llevarán tu nombre.



Los ojos llenos de cielo. Ajeno a su victoria. Ajeno a todo. La gloria de Sumer.



FIN

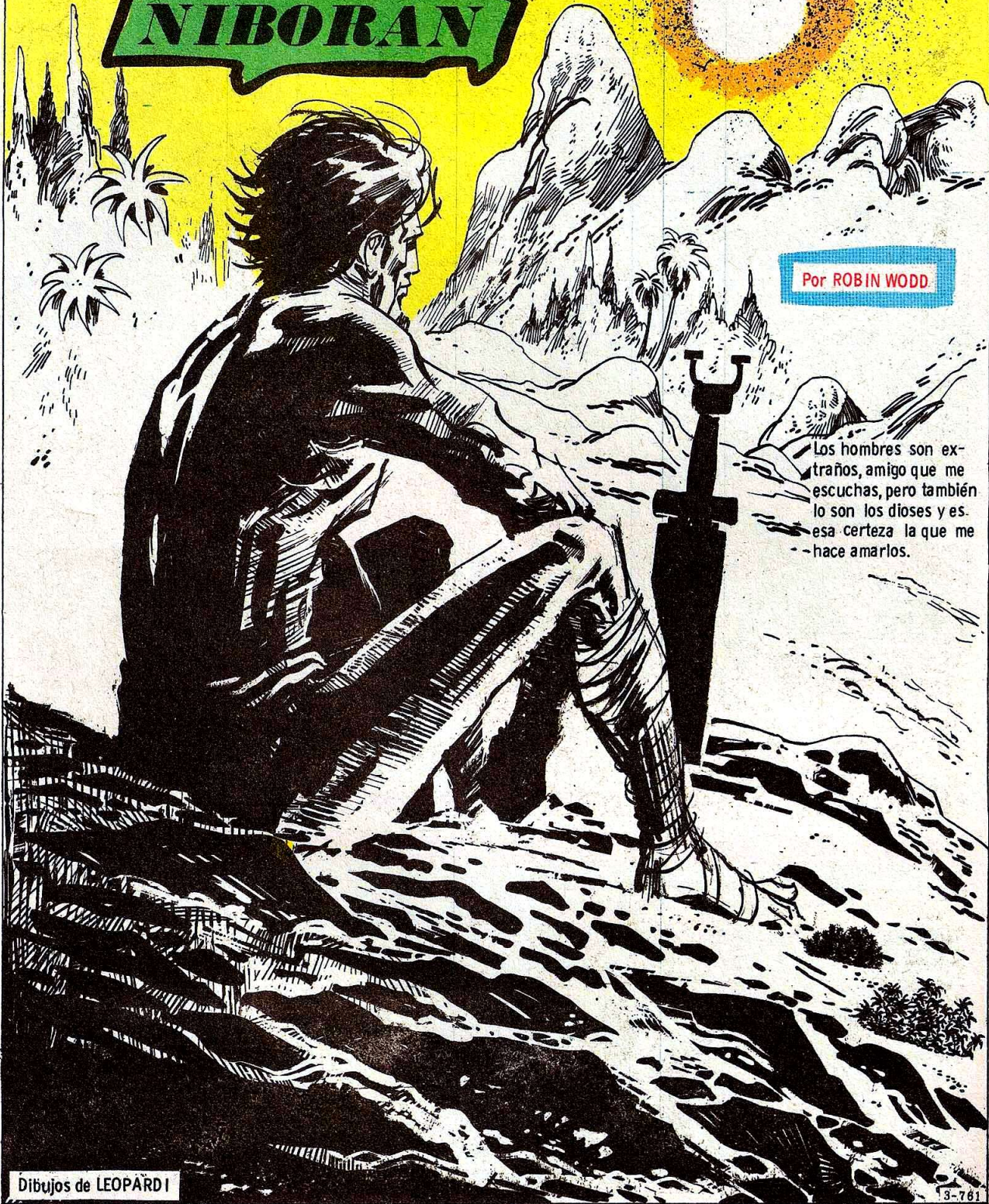
NIPPUR DE LAGASH

(E-186)

KRAM Y NIBORAN

Por **ROBIN WODD**

Los hombres son extraños, amigo que me escuchas, pero también lo son los dioses y es esa certeza la que me hace amarlos.



Dibujos de LEOPARDI

3-761

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

Sí. Sería bueno imaginarlos parecidos a nosotros, coléricos y bondadosos, impacientes y paternales, dispuestos a responder a nuestras misérrimas tonterías con una carcajada y un humorístico encogimiento de hombros.



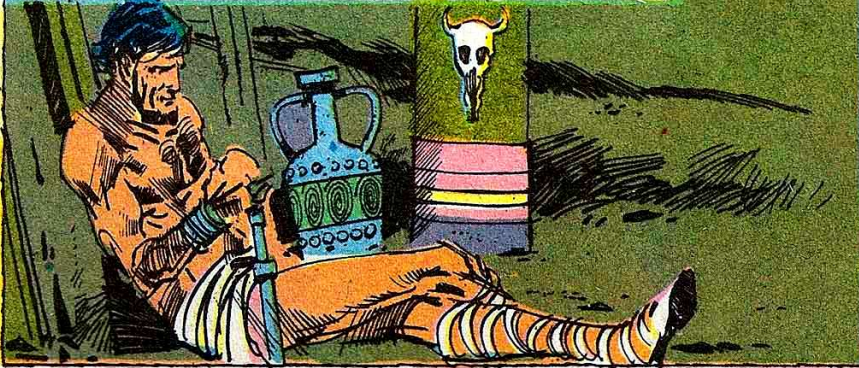
¿A qué viene esto? Nada. Es que hoy recordé, sin ninguna razón, una vieja historia, una historia que aún no he conseguido calificar. ¿Triste? ¿Alegre? No lo sé. Te la contaré, amigo, y tú me dirás.



Escucha.



Me había detenido en Mahar, la de los elamitas y allí, en ese mercado oloroso a frutas y a excremento animal, decidí descansar. La diferencia entre el vagabundo y el viajero es que el primero nunca tiene prisa.



(Y casi siempre tiene hambre.)



Un retumbar de corazas me distrajo. Era intrigante, pues Mahar no era ciudad de soldados, sino de comerciantes. Allí se ganaban las guerras del oro, no las del bronce.



(Sí. Es un grupo de guerreros.)

(Gentes de las orillas del mar. Veteranos.)



De pronto vi a la joven. Marchaba entre esas siluetas macizas, tambaleante y polvorienta, temblando convulsivamente de fatiga.

Por favor. Descanso...



¡Muévete, perra!



Pero la muchacha no podía más. Casi etéreamente se desplomó en el polvo de la plaza.



El joven descabalgó con agilidad de gato y su corto látigo de cobre trenzado reflejó una estrella de sol. Tenía un rostro frágil, casi femenino.

¿No puedes más? Espera.



Vi un reflejo de descontento entre los veteranos. Creí que alguno de ellos diría algo pero desviaron la vista mascullando cosas entre dientes.



El joven de rostro femenino alzó su látigo y lanzó una risita. Era una risita enferma y maligna. Estaba disfrutando.

¡Verás cómo te levantas en...!



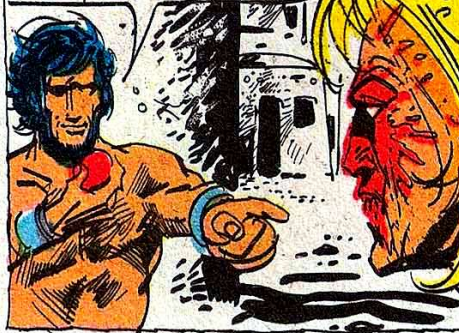
Pero...



Quién... ¿quién ha sido el perro que ha hecho esto?



Yo lo vi, noble señor. Fue un anciano con cara de pícaro que escapó corriendo por esa calle. Lo reconocerás por sus muletas y un ojo blanco que tiene.



¿Te burlas de mí, bastardo?

A decir verdad sí, señor. El ojo no era blanco. Ahora que lo pienso bien, era de un cierto tono rojizo que...



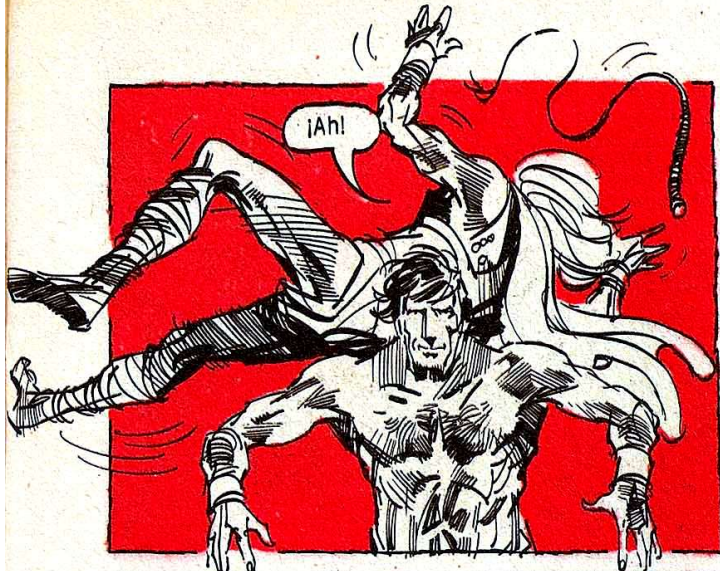
Las carcajadas de los espectadores y su humillación fueron demasiado para él.

¡Te haré tragar...!



Pero...

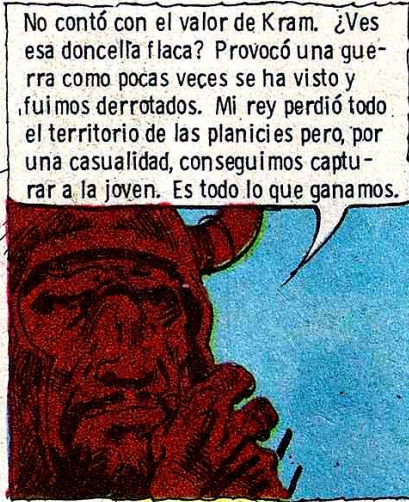






¿Y ella?

Se llama Lavía. Era la prometida de Kram, el de las planicies, un jefe de pastores y guerreros, bravo como un león. Pagaba tributo a mi rey, Ramaukan, pero éste codició a la joven cuando la vio y la pidió.



No contó con el valor de Kram. ¿Ves esa doncella flaca? Provocó una guerra como pocas veces se ha visto y fuimos derrotados. Mi rey perdió todo el territorio de las planicies pero, por una casualidad, conseguimos capturar a la joven. Es todo lo que ganamos.



Es, mírala, es sólo piel y ojos. A mí me gustan las mujeres grandes y gordas, cómodas para el invierno.

Habla menos y pásame el vino.



No pensé más en ella. El dolor humano y su miseria es un espectáculo de todos los días y, ¡ay del hombre que no se acoraza un poco contra ellos!, pues terminará deshecho de pena.

(Oscurece. Haré campamento en aquel bosquecillo.)



(Pero... hay una hoguera. Tal vez encuentre un viajero generoso con su comida.)



Niboram estaba sentado ante su hoguera. Era vulgar de rostro, derecho de espaldas y con una sonrisa luminosa.

Acércate, amigo. Te daré carne a cambio de información.



Tal vez no sea un buen trato para ti. ¿Qué buscas?

Una muchacha. Es hermosa y rubia, con ojos de cielo, prisionera de una piara de cerdos.



Tuve que reírme a mi pesar. La imagen descrita por él era digna de un joven romántico.

He visto a una doncella sin un gramo de carne sobre sus huesos y con rostro de oveja. ¿Podría ser la misma? La vi en Mahar, la de los elamitas.



Se puso de pie de un salto y comenzó a tomar sus armas.

¡Eh! ¿Adónde vas?

Tras ellos, por supuesto.



No seas idiota y siéntate. Estás cansado y se te nota. Ellos también lo están y descansarán. Imitalos.

Pero...



¿Por qué los sigues?

Kram es mi amigo, mi hermano de sangre. Fue herido en la última batalla y no pudo hacer nada cuando supo lo de su captura. Yo le prometí rescatarla.



¿Es un buen amigo?

Más que eso. Kram es hermoso, fuerte como un toro, bondadoso y honesto. Será un rey magnífico. Siempre me favoreció con su amistad. A mí que soy nadie. Quiero demostrarle que no se ha equivocado.



En ese caso duerme. Te harán falta tus fuerzas.

Tienes razón.



(Míralo. Es joven y puro como el aire, listo para morir por el respeto de un amigo o...)



Se revolvió en su sueño y de pronto gimió dolorosamente.

Lavía... Lavía...



(O tal vez por algo más.)



El amanecer nos encontró marchando con paso veloz por las tierras quebradas al sur de Mahar, las de los elamitas.



Aquí hay huellas. El excremento de los caballos aún está fresco.

Entonces será mejor que hagamos un pequeño rodeo y les cortemos el paso en los defiladeros. Descansemos primero.



Háblame de Lavia, Niboram.

¿Lavia?



Una luz de ensueño le nubló los ojos. Creo que me olvidó de inmediato. Estaba enamorado y los enamorados no desean otra cosa que poder hablar del objeto de su pasión.

Lavia es un ensueño, Nippur. Tiene ojos de estrellas... y su risa te entibla el alma. Es bella, tan bella que duele.



Yo la he visto jugar con las otras jóvenes. Una diosa entre humanos. La he visto lavar la ropa en los ríos y...



De pronto se detuvo sobresaltado y me miró con sospecha.

Me has hecho hablar mucho, Nippur.

Así es. Dime, ¿no es difícil salvar a la mujer que amas para entregarla a tu amigo?



Nippur, ella jamás advirtió mi existencia. En su mundo sólo existe Kram. Es muy simple, ¿no crees?

No lo sé. ¿Y en tu mundo qué existe?

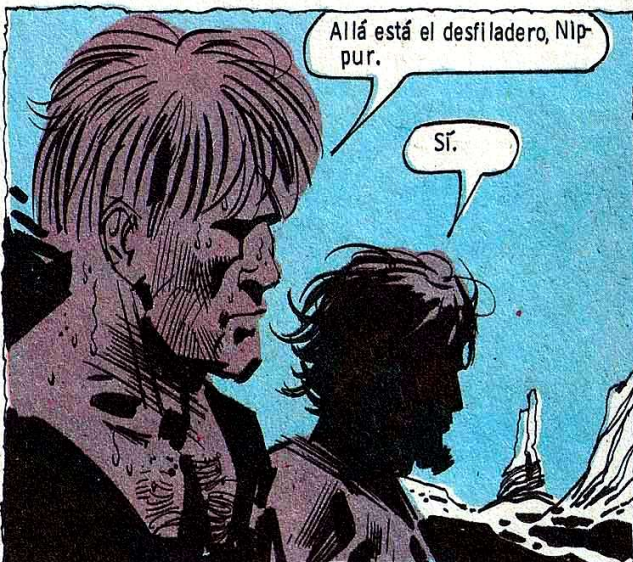


Sorpresivamente sonrió y su rostro vulgar se volvió casi hermoso con esa sonrisa.

Ya soy mucho más rico, Nippur. En mi mundo los tengo a ambos.



Corrimos mucho ese día. Corrimos sin apuro, dosificando las energías y respirando metódicamente. El buen guerrero sabe que la clave del buen esfuerzo es el ritmo.



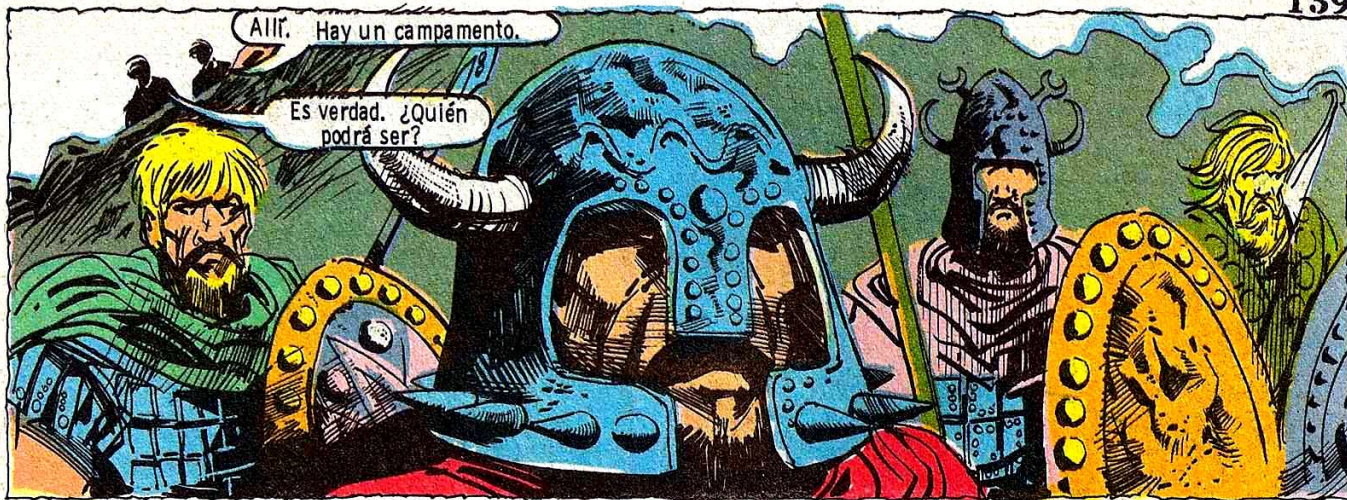
Allá está el desfiladero, Nippur.

Sí.



Pero... ¡espera!

¿Qué ocurre?



Allí. Hay un campamento.

Es verdad. ¿Quién podrá ser?



Son las insignias de Ramaukan. Creo que el gran cerdo no ha tenido paciencia para esperar y ha venido al encuentro de Lavia.

Eso es malo. Significa más soldados para combatir.



Trepamos con sigilo entre las rocas y...

Tiene una docena de jinetes con él.

Sí. Su mado a la escolta que llegará, hacen una veintena. Y muchos de ellos son veteranos. El asunto se vuelve difícil.



Allá llegan, Nippur. ¡Dioses! ¿Qué haremos ahora?

Calma. Esperemos y veamos.



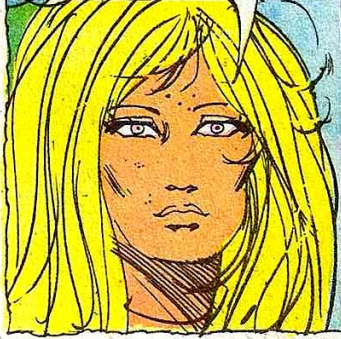
No fue difícil reconocer a Ramaukan. Era una innoble masa gelatinosa sobre un trono de madera, con el rostro gris y los labios violáceos. Pensé en su hijo y no me sorprendí. La mala sangre corre como un veneno.



Has llegado, ¿eh, pequeña? ¿Y tu altivo Kram no te ha salvado? ¿Y su amigo, el audaz Niboram tampoco? Es una pena. Tal vez sus espadas se han enmohecido.

¿Espadas?

Ni Kram ni Niboram gastarían armas en ti, saco de grasa. Les bastaría un palo de espantar perros. Y ya te darían mucha dignidad con ello.



Esta vez el jovencito se sintió seguro e impune.



¡Respeto al rey, perra!

Otra vez vi el gesto de repudio en los veteranos.



¡Pide perdón o...



...o...!

Se derrumbó de costado en el polvo estupefacto, tratando de comprender lo que ocurría. Por supuesto jamás lo consiguió.



¿Quién...?



No lo había sentido irse. Se había deslizado con sigilo de serpiente rocas abajo. Estaba calcinado por su amor, pero comprendía que tal vez yo no estuviera tan dispuesto al sacrificio y hasta en eso fue generoso. El magnífico Niboram.



¡Yo fui!



¿Preguntaste por mi amigo y por mí? ¡Aquí estoy! ¡Y es como si ambos estuviéramos, sacó de carroña!



¡Captúrenlo!



¡Ah!

Ramukan no era un hombre de guerra. Cualquiera idiota se hubiera dado cuenta que Niboram era un hombre para matar y no para capturar.



¡Ah!



¡Ah!



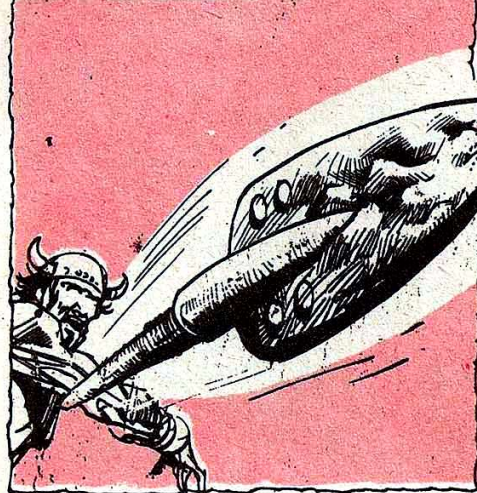
¡Ah!

¡Cómo peleó! Era un prodigio ver esa velocidad, ese coraje, inteligente y esa rabia. Me sentí atrapado en un hechizo de valor.



Samás, eso es un hombre.

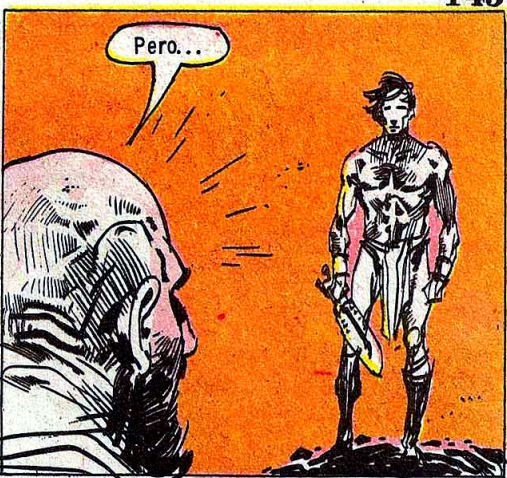
Y por supuesto no faltó el cobarde inteligente que decidió no arriesgarse.



Ah...



Lo dicho: no era un hombre de guerra. A decir verdad ni siquiera era un hombre. El terror fue demasiado para él.

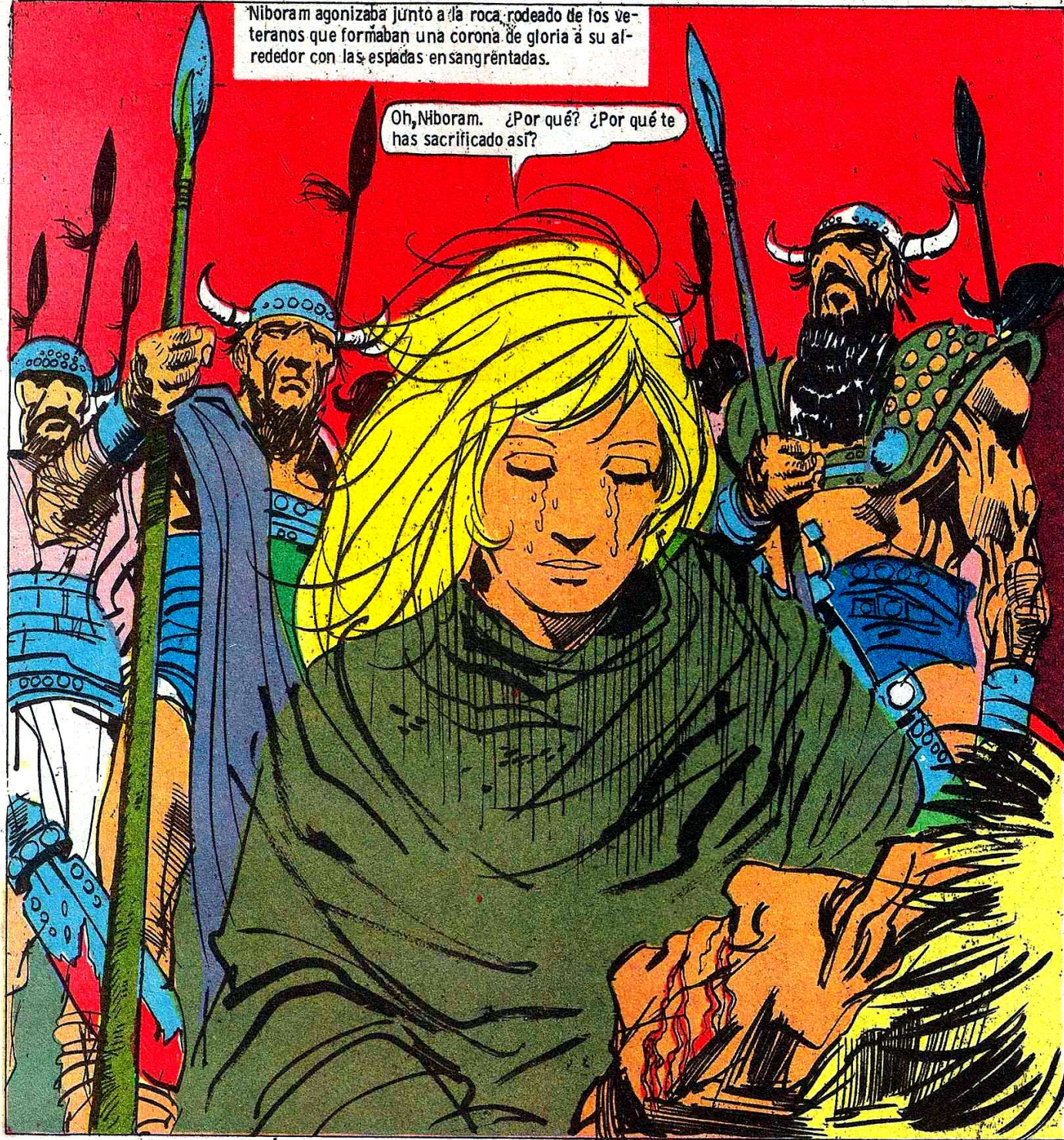


Lo maté de un sólo golpe. No merecía más.



Niboram agonizaba junto a la roca, rodeado de los veteranos que formaban una corona de gloria a su alrededor con las espadas ensangrentadas.

Oh, Niboram. ¿Por qué? ¿Por qué te has sacrificado así?



Tú... tú no lo sabes, pequeña.



¿No lo sé? Oh, Niboram. ¿Crees que las mujeres somos tontas? Lo sé todo. Es tan fácil leer en ti.

Se inclinó sobre él y lo besó suavemente en los labios.

Mi magnífico, mi heroico, mi querido enamorado.



El buscó algo en los ojos y por fin lo encontró. Entonces sonrió.



¿Ves, Nippur? Mira qué rico soy, qué inmensamente rico, qué...

¿Niboram...?



El veterano se me acercó y no me sorprendí de ver sus lágrimas.



Por esto nos rebelamos, amigo. Estábamos cansados de avergonzarnos de nuestro amo. Queríamos estar orgullosos de nuestros compañeros de batalla. ¿Y quién no estaría orgulloso de él?

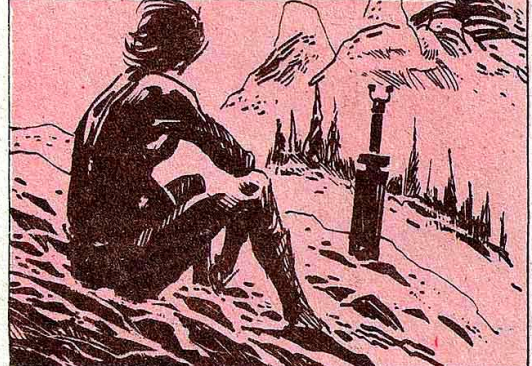
Entonces llévalo de vuelta a su país, guerrero y a ella también. Kram sabrá apreciarlo. Cuéntale del amigo que tuvo. Tal vez no haga falta, pues él ya debe saberlo, pero cuéntaselo igualmente. Nunca habrá suficiente elogio.



Nunca.



Recuerdo muchas veces a Niboram, especialmente cuando mi fe en los hombres flaquea. Lo recuerdo y entonces un sentimiento dulce y metálico me cierra la garganta. En alguna parte de Sumeria hay un hombre rico. Se llama Kram y tuvo un amigo.



¿Hay muchos que puedan decir lo mismo? Ojalá que sí. Los hombres necesitamos amigos. Los necesitamos mucho.



FIN

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>